



PERROS
ARGENTINOS

PERROS ARGENTINOS

La guía de criadores de perros de raza en Internet

Oscar, un Perro entre los Hielos

Nils Lied

Copyright 2004 © - Todos los Derechos Reservados
www.perrosargentinos.com.ar

Oscar, un perro entre los hielos.

Por Nils Lied

¿Cuáles son las habilidades que se requieren para ser un buen perro de trineo?

¿Qué peligros tiene que enfrentar una expedición?

¿Cuál es la mejor manera de sortear las dificultades?

Oscar, un hermoso y astuto perro Husky, y su instructor, Nils Lied, contestan a estas preguntas y nos hacen testigos de sus maravillosas aventuras por los helados terrenos antárticos.

1

El nacimiento de un husky

La gran perra Husky estaba inquieta. Se acercaba la hora del parto, y corría con ansiedad de un lado a otro del campamento de la Expedición Nacional de Investigación Antártica, en la bahía de Atlas. Podía sentir el huracán que se acercaba, y debía encontrar algún refugio donde tener a sus crías. Le habíamos construido un pequeño cobijo cercano a las grandes perreras, con algunos costales secos en el piso y un pequeño corral en el frente para los cachorros. La perra lo había inspeccionado; pero, como su olor le era extraño, no hacía más que caminar en círculos a su alrededor, cautelosa, olfateando la puerta de la perrera. Tenía hambre. Últimamente, parte de su grupo había sufrido ataques repetidos de algunas perras de los otros equipos, lo cual la había privado de cierta parte de sus raciones. Por instinto, para protegerse las inflamadas tetas, se había mantenido alejada de las feroces peleas entre los perros.

Situado a una distancia prudente, percibí su inquieto merodear y me volví para estudiar la manoseada libreta.

-Sí... -gruñí para mí mismo-, si el período de gestación es de sesenta y cinco días, esto quiere decir que los cachorros nacerán en cualquier momento de esta noche o del día de mañana, en el punto máximo del huracán -cerré el cuaderno, encendí mi vieja pipa y salí

Del cuerpo, medio descuartizado, de un gran elefante marino macho, que estaba tendido sobre un trineo de motor, tomé tres pedazos grandes de carne cruda que llevaría hasta la nueva perrera. Doblé la esquina de la barraca y eché una mirada cautelosa al interior de la cocina. La puerta estaba abierta y el cocinero me daba la espalda. En un abrir y cerrar de ojos tomé una jarra grande de lecha y retrocedí en silencio con una sonrisa de triunfo. La leche siguió el mismo camino de la carne. Emití un silbido penetrante, cuyo sonido viajó a través del campamento y fue escuchado por la perra preñada, que se acercó trotando pesadamente entre lo matorrales y la nieve. No mostró temor. Le eran familiares tanto mi olor como las manos firmes, pero amables. Se dejó llevar hasta la nueva perrera y, mientras mantenía abierta la puerta, la empujé al interior con la rodilla.

-Vas a estar bien- la tranquilicé con vos suave.

Complacido porque había hecho todo lo que estaba de mi parte, me fui corriendo hacia uno de los albergues, mirando sobre el hombro las bajas nubes provenientes del Sudoeste, que ocultaban el gran cono de hielo llamado Big Ben; el mal tiempo estaba muy cerca.

Sabiendo que la tormenta se presentaría en cualquier instante, la perra gemía con suavidad en su refugio oliendo los sacos, las paredes y el techo embreado y bajo. No se sentía segura en ese lugar, pero no tardó mucho en tragar la leche y parte de la carne de elefante marino. Una vez que satisfizo su hambre, volvió a caminar en círculos alrededor del mismo punto; después, dejó caer los pesados miembros posteriores, bajó la cabeza para colocarla entre las

patas delanteras y se durmió. Durante el sueño, la perra se quejaba y se sacudía, mientras bajo la piel tensa de su barriga había un movimiento constante.

En la "Met Hut", la estación meteorológica, todos los instrumentos indicaban una caída repentina de la presión atmosférica. El viento, que ya soplaba con rachas de más de cien kilómetros por hora, seguía en aumento.

Cuando entré en el albergue, Frank Hannan, el meteorólogo principal y líder de nuestra expedición, se puso de pie. Llevaba puesto un abrigo esquimal o anorak, que solo dejaba ver, del rostro, el bigote y la gran barba rojiza, los ojos azules con mirada de preocupación, la nariz y el blanco destello de los dientes al hablar. Una violenta ráfaga de viento sacudió la pequeña construcción y Frank dio un respingo cuando se cayó el gran mapa que estaba colgado en la pared.

-Nils -me dijo-, éste podría ser el peor huracán que nos haya tocado vivir.

-Nunca había escuchado un viento como éste -asentí-. Y esta noche también estaré de guardia en la estación de radio. Va a ser una noche larga y fría.

-Nils, antes de que empieces tu guardia, ¿podrías ayudar a recorrer el campamento, para verificar que todo esté seguro?

-Desde luego -contesté-. Conseguiré un par de hombres para que me ayuden a afianzar todo lo que esté suelto, y después arrastraremos el cúter hacia una parte alta. Todos sabemos que la perra va a tener cachorros por la noche -añadí-; pero me temo que no sobrevivirán.

-Ahora no podemos preocuparnos por ese asunto -contestó Frank-. Primero lo primero. Tenemos alrededor de una hora antes de que llegue el huracán.

Mientras nos abotonábamos los abrigos, noté que la aguja del barómetro volvía a descender. Nos pusimos los guantes y salimos. La fuerza del viento aumentaba de manera continua. Las elevadas torres de acero de la estación de radio, las antenas y los tirantes de cable de los albergues hacían un ruido sobrecogedor, que se sumaba a la furia amenazadora del cercano huracán. Era necesario que nos sujetáramos de cualquier cosa que sirviera de soporte mientras luchábamos para ir de un albergue a otro, animando a los demás hombres e inclinándonos contra el viento para no caer.

La gran masa de aire había comenzado a empujar el agua hacia las rutas de Atlas, y las grandes y encrespadas olas atacaban las playas que rodean la bahía, situadas más abajo del campamento. Nos movíamos tan rápido como era posible y, con las caras y las manos entumecidas y los oídos sordos por el ulular del viento y el fuerte estruendo del océano, aseguramos los albergues y la maquinaria colocándoles objetos pesados. Después, remolcamos el pesado cúter con motor diesel desde la plata hasta los ásperos matorrales. Congelados y exhaustos, luchamos para regresar al albergue que servía de cocina y comedor, mientras las cortinas de nieve, aguanieve y arena volcánica negra azotaban el campamento. Después de una comida caliente, Frank, el ingeniero de máquinas, Pete Lawson y yo regresamos a la estación meteorológica para seguir de cerca el avance de la tormenta. Todo se veía negro, y parecía que la tierra, el mar y el cielo se juntaban sin que fuera posible distinguirlos. Sobre el albergue colocamos piedra y arena y lo aseguramos con gruesos cables de acero; no obstante, todo se movía como un sonajero, y los objetos caían de los estantes.

- En momentos así es cuando pienso que la isla Heard está más allá del fin del mundo – comentó Pete, mirando el oscuro paisaje exterior a través de una de las pequeñas ventanas. Ello era verdad, en cierto sentido. Para nosotros, la isla Heard era la puerta de entrada a la Antártida, el último continente inexplorado de la tierra, y separado del resto del mundo por solitarios océanos. Con una extensión casi dos veces la del continente australiano, la Antártida es un vasto territorio de nieve, montañas, glaciares, fiordos, y una extraña fauna. Durante millones de años, casi toda la superficie de estas tierras permaneció bajo una capa de hielo de miles de metros de espesor.

Gracias a los estudios acerca de la Antártida, los científicos han podido descubrir más sobre la naturaleza de la Tierra y su atmósfera. Cuatro años antes, en 1947, los australianos habían establecido una base en la isla Heard, denominada por el centinela de la parte sur del Océano Índico, un coloso de tres mil metros de altura llamado Big Ben. Para ampliar nuestros conocimientos relativos a la Antártida, realizábamos todo tipo de investigaciones, que abarcaban desde el campo de la biología hasta el área que estudia las causas y efectos de los terremotos.

Mi pensamiento se dirigió otra vez hacia la perra que estaba a punto de parir. Aunque la perrera se hallaba a sólo cuarenta pasos, no habría sido posible recorrer ni la mitad de esa distancia sin sufrir percance alguno.

- Quizá tengamos que excavar para sacar a la perra, comenté-, pero estará bien por el momento. Debe sentirse muy preocupada por tener a sus cachorros en medio de una tormenta así.

Mis temores fueron interrumpidos por el sonido del teléfono que conectaba los albergues meteorológicos y de la radio, donde yo estaría de turno más tarde.

- ¡No alcanzo a escuchar ninguna maldita señal! -gritó por el teléfono el operador en turno-. Tengo la terrible sensación de que hemos perdido todas las antenas.

-En ese caso será mejor que te reúnas con nosotros- le contestó Frank, gritando a su vez por el teléfono.

Cuando el operador de radio irrumpió por la puerta unos momentos después, Frank apuntó hacia el anemómetro.

- Esto sí que es extraño- dijo con una mezcla de temor y admiración. La última ráfaga de viento, con una velocidad de más de doscientos kilómetros por hora, había llevado la aguja marcadora totalmente fuera de la zona de registro. La gran tempestad estaba en todo su apogeo. Sentíamos como si toda la isla fuera atacada por las más malignas y poderosas fuerzas de la naturaleza. De pronto, después de una calma pasajera, el viento cambió y sopló en el sentido opuesto con renovado vigor. Y esta vez trajo nieve: copos y cortinas de nieve, que formaban remolinos en las laderas bajas de los glaciares y arena cargada de nieve de las playas. En pocos minutos, vimos como se formaron enormes montones de nieve, algunos de los cuales eran tan altos como los techos de los albergues, mientras que en otras partes la nieve desapareció hasta dejar al desnudo el negro y congelado piso.

- Ya pasó lo más fuerte y peligroso- dijo Frank con voz tensa mientras revisaba los instrumentos. En un rato más comenzará a amainar.

Y, así, esperamos hasta que el huracán se disipara, gastando sus últimas energías contra las empinadas laderas del Big Ben.

La perra durmió durante la parte inicial de la ventisca. Estaba acostumbrada a los huracanes. La isla Hard se eleva en el Océano Pacífico, en medio de la ruta de las grandes depresiones atmosféricas de la Antártida, donde los vientos salvajes soplan con frecuencia a través de ella. Cuando las ráfagas, cada vez más violentas, agitaron el pequeño refugio, la perra levantó la cabeza y gimió. La arpillera que cubría la puerta se agitaba, y remolinos entraban en el cobertizo, erizándole el pelaje. Tenía hambre otra vez, así que tragó lo que quedaba de la carne de foca. Los primeros dolores le hicieron arquear el lomo, y relajó los miembros posteriores esperando a que pasaran. Estaba preocupada. Aunque el refugio la protegía, no se sentía segura. No había nieve que acallara el ruido del huracán, o que mantuviera quieto el cobertizo. La nieve significaba abrigo, calor y agua que beber. En una tormenta, ella siempre se dejaba cubrir por la nieve, y permanecía enrollada con el lomo hacia el viento y el hocico entre las patas traseras dobladas, protegido con el tupido rabo. Pero esta vez no existían esas condiciones para que se sintiera segura. En silencio trató de resistirse al nacimiento de los cachorros, mientras dentro de ella la nueva vida se volvía más y más insistente.

Cuando el centro del huracán pasó y el viento cambió de dirección, la perra estaba a punto de dar a luz. Poco a poco se fue formando un montón de nieve alrededor del pequeño cobertizo y, pronto, dejaron de entrar las ráfagas.

Su inquietud cesó. Sólo se escuchaba un ruido sordo, como si la perra se hubiera hecho una cueva de nieve, al igual que sus antepasados en el Ártico. Se sintió caliente y lamió, agradecida, la nieve a su alrededor.

El animal caminaba haciendo círculos, con el lomo arqueado y los músculos abdominales contrayéndose a ritmo regular. Dobló las patas traseras, y un pequeño bulto húmedo y sanguinolento le salió del cuerpo. Se volvió con rapidez y, con mucho cuidado, cortó el cordón umbilical con los dientes. El pequeño cachorro estaba ligado a ella únicamente por ese gran instinto que hace que todos los recién nacidos busquen a la madre. La perra se relajó, pues sabía que éste era el único. Empezó a lamerlo para quitarle la sangre y, una vez limpio, lo tomó entre el hocico sin tocar el pequeño cuerpo con los colmillos. Buscó un lugar seco en una de las esquinas, se enrolló con el lomo contra la puerta y, usando la nariz, atrajo al cachorro hacia su vientre. Allí estaba, cubierto con la tupida cola de la madre, tibio y seguro. Guiado por el instinto, comenzó a buscar débilmente hasta que encontró una teta llena de leche. Las encías sin dientes se cerraron sobre ella y comenzó a succionar, ajeno a la gran tormenta que rugía sobre la isla.

2

Oscar, un cachorro husky

Al tierno, juguetón, hermoso y recién nacido cachorro husky lo llamamos Oscar.

Creció con mucha rapidez, en gran parte por el hecho, fuera de lo común, de recibir todas las atenciones de la madre por ser el único. El cachorro recién nacido, ciego, del tamaño de una rata y que gemía todo el tiempo, muy pronto se convirtió en un pequeño y rechoncho montón de pelos sobre cuadro inseguras patas, que exploraba todos los rincones, jugaba bajo los albergues y tomaba cualquier puerta abierta como una invitación personal a entrar. Junto con los demás cachorros nacidos esa primavera, corroteaba por el campamento buscando las caricias y la atención de todos los hombres de la expedición.

Su lugar favorito era la puerta trasera de la cocina, sitio donde la mayoría de los cachorros huskies mostraban el instinto natural de pelea. Los perros jóvenes actuaban en grupa, como las pandillas callejeras de rufianes, y eran muy destructivos si no se les tenía bajo vigilancia continua. Cuando el cocinero se aparecía por la puerta, era “arrollado” por docenas de cachorros ansiosos que eran dirigidos por Oscar, el cual observaba expectante cada uno de sus movimientos.

- Ya cambié de ropa, de calzado y hasta el horario de mis actividades- se quejaba el cocinero. He rociado mis botas con keroseno e incluso he cambiado el tono de voz como si fuera un ventrílocuo, pero, aún así, el pequeño bribón me encanta y me sigue por dondequiera que voy. ¡No puedo quitármelo de encima!

En poco tiempo, Oscar aprendió a defenderse e, incluso siendo un cachorro, su apariencia era más de lobo que de husky. Era muy inteligente y olfateaba cualquier tipo de peligro con una extraña seguridad. Tenía la mirada alerta y los ojos oblicuos, coronados con una marca de color pálido, y unos pelos hirsutos muy distintivos que corrían como una crín a lo largo del lomo. Siempre tenía hambre y se comía prácticamente todo.

Un día, a finales de agosto, uno de los hombres dejó un par de botas recién aceitadas secándose en la puerta de su albergue. El forro lanudo y las hebillas fueron las únicas partes que le causaron una ligera indigestión a Oscar, que a la sazón tenía cinco meses de edad; por lo demás, no quedó nada que hiciera recordar al dueño sus botas de piel. Conforme los

hombres se iban acostumbrando a la presencia de los cachorros, no dejaban nada al alcance de ellos, ni aunque fuera remotamente comestible.

Con frecuencia, los grupos rivales de los perros chocaban entre sí, dirigidos y provocados por Oscar; en las peleas sólo se veían volar mechones de pelo. Los animales heridos y perdedores gruñían lastimeramente. Nuestros perros eran cruza, con las mejores características de los greenlander y los de raza labrador. Hace miles de años existía un puente de tierra entre Asia y Alaska a través del Estrecho de Bering. Se cree que los siberianos cruzaban en ocasiones ese puente llevando con ellos a sus perros, los samoyedos. Estos se cruzaron con los lobos del Ártico, y el resultado fue lo que ahora se conoce como el husky ártico. Existen dos razas: un perro rechoncho de pelo amplio y patas cortas, el greenlander, y otro grande, de patas largas y cuerpo esbelto, más parecido a un lobo, el perro raza labrador.

Jack Walsh, nuestro instructor de perros, siempre estaba ocupado haciendo arrees para los trineos, arneses y otros accesorios, y llevaba un control de la siempre creciente población canina de la isla Heard. Cuando los cachorros alcanzaban seis o siete meses de edad, los enganchaba a una trailla de prueba para adiestrarlos como perros de trineo. Oscar resultó ser un ejemplar extraordinario; muy pronto aceptó y entendió el propósito del arnés. A partir de ese momento, se separó de sus compañeros de juego. Creció hasta convertirse en un perro excepcionalmente grande, fuerte y esbelto, y desarrolló un aire orgulloso muy particular. Después de los dos primeros castigos resultado de la desobediencia, aceptó a su conductor como el amo máximo y reconoció que nunca podría vencer a un hombre con un látigo. Pero no hacía fiestas ni se volvía rastrero, como sucedía con frecuencia con los otros perros. Tenía actitud para hacer el trabajo con el menor alboroto posible.

Tal como había seguido al cocinero alrededor del campamento unos meses antes, Oscar después seguía a algunos perros más viejos, incluso intentó mostrarse amistoso con un malhumorado y veterano perro de trineo de la isla Heard. Cuando el cachorro se le acercó confiadamente, olfateando y con la cola en alto, el viejo y corpulento perro gruñó amenazador y se acercó. Oscar no se arredró ni perdió el ánimo. Con una velocidad y una furia inesperadas, el viejo husky se abalanzó sobre Oscar golpeándole con el cuerpo la aún “sonriente” cara y derribándolo al piso. Con un salvajismo desconocido entre los perros domésticos, gruñó volviendo la cabeza, listo para clavar los afilados colmillos en el cuello de Oscar. Intrigado por el silencio anormal de los demás perros, corrí hacia ellos y me horroricé de lo que vi. Descolgué el látigo del poste y lo hice restallar metiéndome en el círculo de animales sedientos de sangre. Golpeé al perro viejo con el mango del látigo obligándolo a separarse del cachorro. Diez segundos más y Oscar habría muerto despedazado. Nunca olvidó esa lección; ni el hecho de sentirse humillado por ser el perdedor ni el salvajismo primitivo de las peleas entre los líderes.

Conforme crecía en edad se convirtió en un luchador formidable. Desarrolló su propio estilo para pelear, el cual aumentaba en eficiencia, junto con el peso y la resistencia. Se agazapaba, enseñaba los colmillos, con las patas juntas, listo para la acometida de costumbre. Pero siempre era el otro perro el que se adelantaba. Oscar esquivaba la feroz dentellada y, entonces, con una velocidad relampagueante, arremetía hacia el frente y hacia arriba hundiendo los colmillos en la garganta o en el pecho de su rival, y, con un tremendo impulso, levantaba el gran cuerpo sobre las patas traseras, y lanzaba al otro perro de espaldas. Tal como lo hacen los lobos y los huskies, atacaba la garganta, las patas y las partes suaves de la barriga, hasta que los gruñidos de la víctima se convertían en gemidos de aceptada derrota.

Con una población canina tan grande, Jack permitía algunas peleas entre sus jaurías. Los líderes le ayudaban a mantener la disciplina en las perreras y, una vez establecida la supremacía de estos perros, eran ellos los encargados de dar una lección ocasional a algunos de los más jóvenes, cuando éstos se equivocaban en su comportamiento. Oscar era uno de los muchos jóvenes briosos.

-Tiene los modales de un rey. Algún día será el líder del grupo- decía Jack con frecuencia, mientras sacudía la cabeza con gran admiración.

Había perros tontos, cómicos, trabajadores y perezosos, pero sólo uno era el rey. El rey mantenía a todo su equipo en orden, y gruñía o amenazaba a cualquier perro que entorpeciera el trabajo de los demás. Al igual que los lobos y los antílopes machos, un perro se convertía en rey cuando retaba al líder y lo derrotaba en una lucha, y el resto de la jauría aceptaba su autoridad absoluta.

Por todo lo que prometía, por haber nacido durante una gran ventisca y por su espíritu indomable, me sentí atraído desde el principio hacia Oscar. Incluso cuando él todavía era un cachorro, parecía haber una mutua atracción entre nosotros, aunque siempre mantuvo su actitud orgullosa y ligeramente alejada. Disfrutaba alguna palmada ocasional y los juegos toscos, pero odiaba que lo acariciaran demasiado. Se mostraba reticente a recibir alimentos de las manos de cualquier persona, incluso de las mías, y prefería que su ración de carne le fuera arrojada en la nieve. Su temperamento era apacible y su valor no tenía igual.

Cuando abandoné la isla Heard, en marzo de 1952, Oscar aún no había cumplido un año, pero su tamaño y la belleza de su pelaje, así como su aspecto de lobo, lo hacían resaltar entre los demás. Un poco antes de que zarpara fui a visitar las líneas de perros para despedirme de ellos. Oscar se había convertido en una parte de mi vida, y me resultaba difícil imaginar como sería ésta sin su presencia.

3

El adiestramiento

En la isla Heard, los perros no nos habían sido muy útiles, debido a lo escarpado del terreno. Sin embargo, los equipos de tiro se adiestraban y mantenían listos para viajar hacia el Sur, hacia el corazón de la Antártida.

Pasaron varios años antes de que yo regresara a esa parte del mundo. En 1954, en medio de un gran entusiasmo, se había establecido una nueva base en la Antártida: la Estación Mawson, nombrada así en honor a sir Douglas Mawson, el primer gran explorador australiano de la Antártida.

Yo todavía estaba en Melbourne cuando Jack Walsh regresó a Australia. El seguía adiestrando huskies y enviando los mejores equipos de perros hasta Mawson a bordo del Kista Dan, un barco danés recién fletado para expediciones polares.

-¡Ah, Nils! –suspiró, mientras nos sentábamos ante sendos vasos de cerveza en un día caluroso de finales de primavera-. Oscar es una belleza. Realmente es uno de los perros más grandes que haya visto, y fuerte como un caballo.

Le pregunté que clase de trabajo les había estado enseñando a los perros en los últimos tiempos.

-Mas bien, la pregunta sería en que labores no han participado –comenzó a decir-. Durante el primer año en Mawson, el trabajo de campo no habría podido hacerse sin ellos. El equipo de investigación realizó un viaje muy interesante a lo largo de la costa, un viaje de ida y vuelta de unos mil kilómetros, en el que los hombres vivieron de la tierra y cazaron focas para alimentar a los perros. Tenían que estar seguros de la fortaleza de los animales, porque su vida dependía de ellos; de hecho, la primera tarea que hacían cada noche al detenerse para acampar era alimentarlos y darles palmadas cariñosas y elogios a los que gustaban de ello. Y cada mañana, en cuanto se les ponían los arneses, los perros empezaban a dar tirones, ansiosos por comenzar otra jornada. Tu viejo amigo Oscar nos acompañó en todos los viajes

desde la nueva base. ¡Es tan fuerte y tiene tan buen carácter! Nunca saldría sin llevarlo en el equipo.

Escuchar comentarios de Oscar me hizo sentir una oleada de afecto, y, con cada día que pasaba, crecía mi nostalgia por aquellas temporadas en los hielos. Incapaz de resistir ante la fuerte atracción de tantos y desconocidos territorios, así como el esplendor y el terror de las tempestades de nieve y la impresionante y serena belleza de los icebergs, fiordos y glaciares que reflejaban diversos tonos de azul y un blanco deslumbrante, comencé a indagar sobre la próxima expedición a la Antártida.

En los últimos días de diciembre de 1955, el Kista Dan zarpó de Melbourne, conmigo a bordo como uno de los miembros del grupo de invierno de 1956 con destino a Mawson. Esta vez formaba parte del equipo climatológico y, para mi deleite, los perros estarían a mi cargo. El nuestro era el tercer grupo de invierno que salía rumbo a Mawson, y el más grande hasta el momento. Veinte hombres, algunos albergues extras, un hangar grande, dos aviones (un De Havilland Beaver y un Auster) y toneladas de equipos llenaban el pequeño barco.

Varias veces durante el viaje nos vimos retrasados por grandes bloques de hielo que flotaban a la deriva. En una ocasión, estas enormes masas nos detuvieron durante once días, y la espera empezaba a hacerse pesada. Cierta día, estaba sentado presa del aburrimiento, cuando vi que el jefe de la expedición caminaba con una hoja de papel en la mano. Todos lo rodeamos mientras ponía el documento sobre el tablero y decía:

-Bueno, muchachos, aquí hay algo de mucho interés. Hemos decidido establecer una segunda base, que sea pequeña y que no cuente con más de cinco hombres, en algún lugar del área de los montes Vestfold, cerca de la tierra de la Princesa Isabel. Es un plan preliminar, pero creo que la idea les gustará –dijo, y se alejó dejándonos con la noticia.

Traté de recordar todo lo que sabía de los montes Vestfold, un área muy grande casi inexplorada, y extraordinaria porque no tenía nieve ni hielo; una de esas partes raras donde la tierra marrón era visible. Con curiosidad me abrí paso hasta el tablero para estudiar el plan con más cuidado. Habría un albergue dormitorio, otro para la cocina y el comedor, otro para el taller y la planta de energía y uno más para el almacenamiento. La calefacción y la preparación de alimentos serían mediante electricidad, habría un pequeño tractor para realizar los trabajos pesados alrededor del campamento, y perros para el transporte en el campo. De los cinco hombres, uno sería meteorólogo; otro meteorólogo y operador de radio a la vez; uno más, operador de radio a cargo; otro, ingeniero de máquinas y el último geólogo.

-¡Qué oportunidad! –exclamé-. Daría mi sueldo del año próximo por estar doce meses estableciendo la nueva base.

-¡Estás loco, grandísimo tonto! –replicó uno de los hombres-. Lo único que habrá será un trabajo agotador y ninguna diversión. No lo tomaría por nada del mundo.

Nils, eres un romántico incurable – comentó Bill Bewsher, un viejo amigo y también el oficial a cargo de nuestro grupo-. ¡Después de un año en Mawson, en lo único que pensarás será en regresar a la civilización!

Me volví hacia Bill, sonriendo ante la larguirucha figura coronada por un viejo pasamontañas y una bufanda deshilachada alrededor del cuello.

-Después de un año en Mawson, es seguro que tendré deseos de quedarme otros doce meses en la nueva base de los montes Vestfold. Tal parece que no aprecias mi sed de aventuras y conocimientos –contesté. Abandoné el grupo acompañado de una risa general y me dirigí a la cabina del jefe.

Cinco minutos más tarde cerraba la puerta alegremente tras de mí, sabiendo que el trabajo que quería era mío.

El Kista Dan dirigió la proa lentamente hacia la entrada de la bahía de la Herradura y la estación Mawson.

-Allá arriba, en la colina, está el albergue meteorológico y abajo, en la hondonada, pueden ver las barracas del comedor y el dormitorio –un veterano señalaba todo a los recién llegados.

Desde el barco podíamos mirar hombres que caminaban en la costa, sin duda impacientes por el primer arribo en muchos meses de correspondencia y fruta, hortalizas y carne frescas. Tan pronto como el barco fue avistado desde la base, comenzó una batahola estrepitosa a la derecha del campamento. Desde luego, eran los ladridos incontrolables de los huskies, que saltaban de entusiasmo sujetos por cadenas.

-Mira, Harry –señalé-, Hay perros de sobra para que te los lleves de regreso.

-Podríamos utilizar hasta el doble de ese número –contestó.

Harry Ayres venía con nosotros como observador de la Expedición Antártica de Nueva Zelanda, dirigida por sir Edmund Hillary, para llevarse a la mayoría de los huskies como un obsequio del gobierno australiano a los neozelandeses. Se decidió que yo me quedaría al cuidado de dos machos y dos hembras, a partir de los cuáles criaríamos más perros, del tipo más resistente posible. Nacerían y serían criados y entrenados en Mawson, donde se aclimatarían desde su nacimiento.

Cuando bajamos a tierra, la jubilosa bienvenida y el rugido de los motores de un avión anfibio que amarizaba casi ahogaron el escándalo que hacían los perros. Harry y yo caminamos juntos por las desparejas rocas rumbo al campamento, y pronto nos vimos rodeados por una multitud de huskies que ladraban excitados.

-¡Vaya, mira que belleza! Este es el tipo de husky que queremos- exclamo Harry con admiración. Le seguí la mirada y vi, con una mezcla de orgullo y temor, el objeto de su admiración.

-Ese – le dije- se llama Oscar. El único perro del que nunca podía separarme.

Conforme nos acercábamos, Oscar dejó de saltar y camino hacia atrás hasta donde se lo permitía la cadena. Permaneció quieto, mirándome, y los años de ausencia se abrieron entre nosotros. Se retiró un poco más, dudando, ligeramente receloso. Sin poder soportar la idea de que se hubiera olvidado de mí, me quité los guantes y extendí las manos desnudas hacia el.

-Ven, Oscar, ven. ¿No te acuerdas de mí? – tratando de que en la voz no se reflejaba mi desilusión, mantuve las manos al frente dejando que el animal olfateaba, mientras le hablaba de la misma forma en que lo había hecho tantas veces tiempo atrás en la isla Heard. Oscar las olió. Por fin, el perro levantó la cola enroscándola sobre el lomo, comenzó a moverse de un lado a otro y colocó el gran hocico en mi palma.

-¡Dios Santo! –exclamó Harry-. Te ha reconocido después de todo este tiempo. Cuatro años, ¿verdad?

-Sí – contesté aliviado-. Ahora ya has visto la clase de perros que es y comprenderás porque quiero que se quede.

-He oído que Oscar y usted son amigos – dijo, acercándose, el instructor del año anterior-. Oscar no es todavía el rey, pero creo que no tardará mucho en serlo. Por ahora, hay dos hermanos, Butch y Mac, que operan como líderes de la manada. No hay un perro que tenga esperanzas de vencer a esa pareja. Es un caso muy raro, una monarquía compartida – continuó-. Yo sólo había leído acerca de casos como éste y , al principio, la situación confundió a los otros perros tanto como a mí. Ha habido varias batallas sangrientas. En una ocasión por poco, llego demasiado tarde para evitar la catástrofe.

-Por favor, cuénteme más sobre eso – le pedí fascinado.

-Fue ése que está ahí, Gus, el que agarró a Mac – dijo -. Juraría que fue la confusión sobre quien era el líder lo que hizo que atacará. Por algún motivo, al principio no pude darme cuenta de la pelea. Había una niebla muy densa que llevaba varios días en la zona; los perros permanecían encadenados, cada vez más inquietos , de odio que comencé a soltar a unos

cuántos para que corrieran. No escuché los gruñidos cuándo comenzó la pelea, pero en un instante Mac y Butch tenían a Gus en el suelo desgarrándole la garganta y la barriga con la quijadas. Gus trataba de rechazarlos, pero estaba sangrando profusamente y debilitaba muy rápido. Los separé tan pronto como pude, pero el viejo Gus no ha vuelto a ser el mismo. Es que como si hubiera perdido su orgullo para siempre. Es muy dócil, incluso hasta sumiso si lo comparamos con lo que era hace doce meses. Se ha vuelto lento hasta para entender. Puedo apostar que Oscar se encargará de Mac y Butch en un futuro cercano.

Después de eso, el instructor nos llevó a Harry y a mí a su taller, para admirar los herrajes y guarniciones que elaboraba el mismo. Pasados uno cuántos días, Harry zarpó llevando consigo a los perros más jóvenes, a los cachorros y a las hembras, juntos con un gran surtido de gran equipo para manejarlos.

Me dejaron a los perros veteranos, puesto que la mayoría de los hombres de la zona tenían la convicción de que los aviones y las “comadreja” (vehículos con orugas diseñados para viajar sobre el hielo y la nieve, capaces de arrastrar trineos) reemplazarían a los perros en poco tiempo. Al parecer, yo era el único que creía que el husky polar era insustituible. Me dejaron a Butch y a Mac, junto con Oscar, Orase, Streaky, Brownie y las dos hembras del equipo, Die y Denny, más un par de inadaptados. Casi todos eran viejos conocidos desde los días de la isla Heard.

Decidí que volvería a adiestrar a todos los perros. Con los años, habían tenido tantos instructores y conductores, que no existía un solo sistema que pudieran entender y al que respondieran por instinto. Día tras día repetimos nuestro riguroso programa de entrenamiento, y poco a poco aprendieron a tirar de un trineo dirigidos desde atrás, no desde el frente.

Los huskies tienen un sentido muy agudo de la justicia, y me respetaban más cuando era justo y severo con ellos, que cuando los trataba con puro afecto. El instrumento que usaba era un látigo de piel de bovino trenzada, de unos cinco metros de largo. Todas las mañanas practicaba varias horas su manejo, hasta que pude darle a una caja de fósforos colocada sobre un tambor de doscientos litros, a cinco metros de distancia. Si los perros se portaban mal, doblaba el látigo y lo usaba sobre los lomos. Si peleaban, usaba el mango metiéndolo por donde podía, pero sólo si estaba seguro de cuál había iniciado la pelea, pues sabía que ofender su sentido de la justicia era perder su respeto para siempre. Si iba sobre el trineo, podía alcanzar incluso el lomo del perro más adelantado con toda precisión.

Sin embargo, tenía una perra problema: Dee. Los diversos instructores que estuvieron en Mawson no habían podido adiestrarla para que trabajara en un trineo. Tenía un temor abyecto a todo el mundo y si alguien se le aproximaba, huía hasta donde se lo permitía la cadena y se dejaba caer temblorosa. Alguna vez yo había tratado de entrenarla, pero siempre que me acercaba a ella con el arnés se encogía llena de miedo, babeando y aullando como una madre a la que le hubieran quitado un hijo. Una bala de rifle parecía ser lo más adecuado para ella, pero yo estaba determinado a hacer un último intento.

Inicié la campaña pasando la mayor parte de mi tiempo libre sentado en una roca junto a las líneas de los perros. Durante siete días me concreté a fumar la vieja pipa sin prestar mayor atención a la perra, pero hablándole siempre con voz suave. Cada vez que me hacía presente, el resto de los perros se sentaba esperando una palmadita afectuosa y un revolcón. Todos excepto Oscar. Él siempre se mantenía a cierta distancia y muy de vez en cuando venía al verme sentado, me ponía la cabeza con pelaje hirsuto sobre las manos y luego la metía bajo mi brazo. Nunca mostró afecto por ningún otro miembro de la expedición, sólo lo hacía por su amo. Incluso, yo mismo sabía que no debía esperar nunca tales muestras de afecto.

Poco a poco empecé a ganarme la confianza de Dee. Ponía pequeños trozos de carne de foca cerca de mis botas. Al principio era demasiado tímida para acercarse, pero cuando me alejaba unos cuantos metros, ella llegaba corriendo y se la comía. Yo tomaba la carne sin los guantes para que ella fuera acostumbrándose a mi olor. Durante algunas semanas ni siquiera intenté

hacerle una caricia, pero finalmente se sobrepuso al miedo y tomó de mi mano un trozo de carne. Poco a poco fue perdiendo la timidez, y un día me permitió ponerle una mano sobre la cabeza. Se quedó quieta y después comenzó a temblar violentamente, pero no huyó. La acaricié con suavidad mientras le rascaba detrás de las orejas. Lo resistió todo con la cola entre las patas. Ese fue el momento crítico en nuestra relación. Al poco tiempo se comportaba como cualquier otro perro y me permitía alimentarla, hacerle caricias y tratarla en forma normal.

Adiestrarla para que fuera un perro de trineo fue algo más difícil, pero me las arreglé para que caminara adelante. Aún faltaba la prueba final, lograr que aceptara el arnés. Los dos primeros intentos se convirtieron en sendos fracasos; sin embargo, mi paciencia se vio recompensada en el momento en que decidió que aceptarlo lo significaba caminar conmigo. Finalmente, dejé a Denny en casa y puse a Dee en su lugar en el equipo. El médico de la base nos acompañó lleno de dudas.

-¡Cielos, nunca pensé que vería esto! -exclamó. Dee corría a toda velocidad con los líderes; las patas extendidas y el pequeño pero poderoso cuerpo que tiraba con fuerza mantenían el tirante tenso como una cuerda de violín.

Pasaban las semanas y yo dedicaba cada vez más y más tiempo a los perros, entrenándolos hasta el punto óptimo que les permitiera contar con la capacidad para tirar de los trineos más pesados cuando iniciara nuestro programa de exploración y prospección. Una mañana, cuando me disponía a iniciar mi práctica diaria con el látigo, fuimos convocados a una reunión. Cansado por el exceso de palabrería, había comenzado a mantenerme al margen de esas reuniones; todo lo que debía saber, me lo contaba mi viejo amigo Bill Bewsher.

Esa mañana hice la rutina completa con los perros y todos sudamos en serio. Al mediodía yo estaba más que dispuesto para una buena comida y, sintiéndome satisfecho, me encaminé fatigado hacia el comedor. Hill me interceptó en los escalones y comentó con timidez:

-Nils, esta mañana hubo una reunión -dijo, indeciso-. Y hay un par de cosas que debes saber.

-Dímelas mientras como; estoy que muero de hambre -respondí, tratando de entrar en el comedor. Pero mi sorpresa fue que Bill se resistió y, además, descendió unos cuantos escalones llevándose con él.

-El hecho es que..., Nils, no soporto comer contigo. Y tampoco los demás muchachos. Es tu olor. Hueles como un husky apestoso después de una carrera. Es una combinación de carne rancia de foca, grasa de ballena y olor de perro con sabor a lobo. Hemos establecido una nueva norma esta mañana -continuó, cambiando inquieto el peso del cuerpo de un pie al otro-. Antes de entrar en el comedor, se debe colgar la ropa de trabajo en el porche. Y tú eres la única persona a la que se le aplica esta regla.

-¡Bueno, esto resulta increíble! -dije, mirándolo con asombro y dejando escapar una carcajada.

Con un gesto de alivio, Bill empezó a reír conmigo.

-¿De verdad no lo sabías? -preguntó-. ¡Realmente eres un hombre perro!

Una semana después, los perros volvieron a ser el centro de controversia en el campamento. Algunos de los compañeros discutían que no era justo que yo fuera el único conductor.

-¡Adelante! -contesté simplemente al escuchar el comentario-. Pónganles los arneses a los perros y salgan a contar focas, si lo desean-. No pude evitar una sonrisa; sabía que iban a llevarse una sorpresa.

Jubilosos, llegaron hasta las líneas de los perros, les pusieron los arneses y maniobraron el trineo rumbo a los hielos marítimos; el agua del mar se encontraba congelada en algunas partes. Observando a través de una de las ventanas del comedor, escuché el grito ¡mush! mientras se deslizaban por la superficie helada. En ese momento Oscar miró hacia atrás sobre

el lomo y descubrió que el conductor era un perfecto desconocido. Aunque yo estaba muy lejos para verlo, me imaginé al perro mirar con incredulidad pensar: "¡Al diablo con esto! ¡Yo no voy a trabajar para un aficionado!" Se volvió y se dirigió de regreso al campamento, sin atender los gritos y los esfuerzos de los conductores para evitarlo. El y resto del equipo salieron disparados a través del hielo y no se detuvieron sino hasta llegar a las líneas; una vez ahí, se sentaron. No volví a escuchar queja alguna.

4

Castillos de hielo

A mediados del mes de julio, y después de un buen número de meses de preparativos, estábamos al fin listos para nuestra primera expedición. La tarea consistía en encontrar las islas Douglas, de cuya existencia había informado Sir Douglas Mawson en 1912, pero que nadie más vio desde entonces. Un ballenero noruego trató de hallarlas en 1930. Sin embargo, al no tener éxito, su tripulación concluyó que todo lo que Mawson había visto no eran más que icebergs.

El quince de julio, tan cercano a la mitad del invierno que a las diez de la mañana estaba muy oscuro todavía, coloqué los arneses a los perros en preparación para hacer un viaje de unos cincuenta kilómetros de distancia hacia el noreste. Un viento cortante silbaba desde la meseta hacia el mar congelado. El termómetro indicaba que la temperatura era de cuarenta y dos grados bajo cero; aun así, los tres hombres que formábamos el equipo estábamos tan entusiasmados que no sentíamos el frío. Éramos Syd Kirkby, el topógrafo, Peter Crohn, el geólogo, y yo, el operador de radio, meteorólogo y, desde luego, conductor de trineo. Los perros estaban muy excitados. Denny, la única hembra en el equipo, se encontraba en celo, y los tres hombres estábamos muy ocupados tratando de evitar una contienda generalizada. Por fortuna, la perra había sido entrenada para correr en la posición de punta y, para mayor motivación de los perros que la seguían, agregué un tramo extra al tirante.

-¿No crees que sería mejor dejarla, Nils? -preguntó Peter-. Va a causarnos más problemas que beneficios.

-Por nada en el mundo -repliqué-. Denny va a añadir cinco nudos a nuestra velocidad. ¡Sólo observa! Con todos los perros tras ella, va a estar demasiado asustada y correrá como un demonio; los machos pasarán todo el día tratando de alcanzarla. Lo único que tenemos que hacer es sujetarla cuando nos detengamos, para mantenerla alejada de los perros, excepto de Oscar. Los cachorros de ambos van a ser unos perros de tiro excepcionales.

¡Mush! -grité al fin y partimos.

Nos sujetamos con fuerza del trineo bamboleante, mientras los perros corrían entusiasmados por la mañana y la bahía quedaba atrás. Al rato, la pesada carga calmó los bríos de los animales, y en poco menos de una hora habíamos rebasado todas las islas locales y comenzamos a cruzar el mar congelado hacia el este.

Conforme avanzábamos amainó el viento de la meseta y frente a nosotros surgió entre los icebergs conectados por el hielo el otro grupo de islas costeras. Nos dirigimos hacia la isla que se encontraba más al norte y empezamos a buscar un sitio para acampar. Siempre evitábamos establecer el campamento sobre los hielos marinos, por si éstos se rompían y flotaban a la deriva con nosotros "a bordo". En ocasiones durante el año, a veces sin razón aparente, se rompía una gran porción de la capa de hielo y flotaba para juntarse con otras mar adentro. Por eso siempre procurábamos buscar una isla, un macizo rocoso en una bahía, o tratábamos de alcanzar una meseta.

-¡Eh, miren eso! -gritó Peter-. Ahí enfrente, el lugar ideal para acampar, en esa pequeña bahía -pero su expresión cambió al darse cuenta de que el lugar que había escogido, plano y cubier-

to de nieve, estaba en la cima de una ladera empinada, y rodeada por una traicionera grieta de marea, donde el hielo estable de la tierra se encontraba con el hielo cambiante del mar-. ¡Oh, no! -exclamó con desaliento-. Nunca lograríamos que los perros cruzaran la grieta y, aunque lo hicieran, no podrían subir con esta carga por esa pendiente tan inclinada.

-Mis perros sí podrían -contesté, casi sin pensarlo.

-Bueno, danos una prueba, Nils -sugirió Peter, volviéndose con una mirada especulativa y un gesto de malicia en la cara-. Te apuesto cinco mil dólares a que no pueden hacerlo.

Cinco mil dólares, pensé. Eso era más que todos mis ahorros. Yo tenía mucha fe en los perros, pero pedirles que hicieran eso podría ser demasiado. La otra alternativa era perder prestigio y dar una base a la creencia de que los días de los perros en el hielo estaban contados. Las sienes me palpitaban con fuerza cuando tomé una decisión.

-¡Hecho! -contesté.

Me volví e inspeccioné el terreno. Para alcanzar la meseta, tenía que dirigir a los perros con el trineo a través de la accidentada grieta, una especie de bisagra formada por los ascensos y descensos del hielo marino debido a las mareas y el oleaje del océano. Después debíamos superar una pendiente muy empinada y resbaladiza cubierta de bloques de hielo y de carámbanos en las salientes rocosas. Mientras observaba la subida, Oscar volvió la gran cabeza hacia mí, como si hubiera entendido todo lo que había en la apuesta que yo acababa de hacer. Luego, Denny llamó su atención y el macho empezó a tirar hacia la incitante perra. Ésa fue la inspiración que yo necesitaba. Siguiendo el impulso de Oscar, me fui a la punta del equipo de perros, desaté a Denny, clavé una estaca a la que sujeté el trineo y me llevé a la perra hasta la cima de la pendiente, donde clavé otra estaca y encadené al animal. Caminé de regreso hasta el trineo y los perros expectantes y reubiqué a Oscar en la punta.

-Está bien, Oscar -le susurré en la oreja-. Esta es tu prueba. Llévanos con Denny.

Dicho esto, salté de inmediato a la plataforma del trineo y grité la conocida orden:

-¡Mush, mush!

Con un poderoso tirón, Oscar hizo que el pesado trineo se sacudiera y saltara limpiamente sobre la grieta. Sin detenerse mucho para recuperar las fuerzas, atacó la pendiente en ángulo para reducir la inclinación de la cuesta lo más que se pudiera. Denny aullaba excitada, acicateando la determinación de Oscar, y, como impulsados por un motor, los perros tiraron en línea recta hasta llegar a la meseta, plana y lisa. El corazón me latía fuertemente cuando salté del trineo y fui a ver cómo estaba Oscar. Respiraba agitado y tenía el hocico lleno de espuma, pero su mirada era de triunfo, igual que la mía.

En un momento instalamos la tienda de campaña. En la hornilla de petróleo hervía el pemmican hooch, un guisado a base de carne seca, muy rico en proteínas. Los perros ya habían recibido el pemmican especial para ellos, hecho con carne seca y grasa. Até a Oscar y a Denny para que pasaran la noche juntos.

Peter, acerca de esos cinco mil... -comencé a decir-, no los quiero, ya lo sabes. Yo sólo quería probarte que no podemos llevar a cabo nuestra misión sin los perros en el hielo, y que, si vamos a hablar de perros, Oscar es el mejor.

Peter me miró, avergonzado, y deduje que no había nada más que decir. Encendimos las pipas y nos acomodamos en los sacos de dormir, escuchando el suave crujido del hielo mientras se alzaba y se precipitaba en la casi imperceptible respiración del mar.

Al día siguiente, con un tiempo claro y tranquilo, salimos para cubrir la siguiente etapa en nuestra búsqueda de las islas Douglas. En algún punto hacia el norte, allá en el mar congelado, los icebergs podrían esconder dos solitarios montones de rocas. Aunque el clima era terriblemente frío, de sesenta grados bajo cero, apenas lo sentíamos porque no había viento y llevábamos un paso bastante rápido. El tirante de Denny iba muy tenso, con los dos hermanos Butch y Mac tras ella en una enconada persecución. Después venía Oscar, corriendo con su viejo compañero Streaky, y, como la última pareja, Horace y Brownie.

Después de pasar la noche atado a un lado de ella, era obvio que Oscar consideraba que Denny era su novia, y entre jadeos y gruñidos trataba de rebasar a Butch y Mac. Incluso Brownie, el más tonto del equipo, parecía tener un nuevo vigor; adquirió un aspecto casi alerta, y yo reía en voz alta pensando en el esfuerzo que ello debía de haberle costado al perro.

[En cada equipo había varios tipos de perros: los listos, los bravucones, los holgazanes astutos y los tontos. Brownie era un perro tonto. Si había la más remota posibilidad de que se enredaran los tirantes, Brownie lo hacía aunque fuera corriendo en línea recta. Si había una grieta en el hielo, Brownie era el que caía en ella. Si patinábamos porque el hielo era resbaladizo, las patas de Brownie volaban en todas direcciones y el perro acababa debajo del trineo. Los demás perros no tenían problema para robarle la comida. Pero yo le tenía mucho cariño al viejo tonto, sobre todo cuando me saludaba con una especie de sonrisa estúpida en la cara.

Streaky era el pendenciero, el que originaba todas las peleas sangrientas entre los perros. Mostraba cicatrices de las batallas, había perdido media oreja y tenía un ojo inservible. En el arnés era bueno, muy fuerte y consistente.

Horace era un haragán astuto; casi siempre llevaba el tirante lo suficientemente tenso como para engañar al conductor. Pero a veces lo delataba una ligera curva en el tirante, así que una y otra vez yo tenía que hacer sonar el látigo para recordarle sus obligaciones. Siempre comía suficiente, incluso cuando las raciones eran pequeñas, y era grande y sano, con una impresionante cabeza parecida a la de un león.

De la pareja Butch y Mac, Butch era el simpático y afectuoso, el trabajador incansable. Tanto él como Mac, su poderoso compañero en el liderazgo, tenían cicatrices de muchas batallas libradas. Su posición había sido ganada a pulso y su combinación era imbatible. Una vez, durante el otoño anterior, Oscar trató de disputarles el liderato, pero juntos, le dieron la lección de su vida. En estos días, Oscar esperaba su momento, cumpliendo con el papel de contendiente al título. Había crecido mucho, pesaba sesenta kilos, y la lobuna crin se hacía cada vez más pronunciada. Las patas delanteras eran casi del tamaño de mis manos, y, cuando se alzaba sobre las traseras, me rebasaba en estatura. Pensé que, por fin, Oscar estaba preparado física y mentalmente para tomar el liderato cuando llegara el momento.

Mis sueños diurnos fueron interrumpidos por la aparición, frente a nosotros, de cientos de icebergs inmovilizados en el mar de hielo. Parecía una ciudad medieval con casas y edificios bajos, iglesias con capiteles y domos, dominado todo por los más hermosos castillos de hielo con sus contrafuertes, torres, empinados bastiones y puertas ensombrecidas; todo un gran conglomerado. Algunos de ellos se habían movido con la marea y las corrientes, y nuestro camino se veía cruzado por amplios canales recién vueltos a congelar.

Seguimos a regañadientes en busca de las islas perdidas, y dejamos atrás la majestuosa ciudad de hielo. En ese momento ya estábamos bastante alejados de la costa, siguiendo todavía el curso hacia el nordeste, y consultábamos la brújula con frecuencia, para comparar la lectura con el mapa. Nos manteníamos vigilantes, viajando por turnos en el trineo y mirando con los prismáticos en todas direcciones. La superficie del hielo marino se volvió accidentada y quebradiza; grandes icebergs habían viajado por la zona como barcos de guerra al ataque, dejando anchos ríos de hielo triturado a su paso. Había algunas hendiduras enormes con agua en la superficie, lo cual las hacía muy peligrosas. Yo estaba verdaderamente preocupado por la travesía, pero Brownie se encargaba de aliviar mis inquietudes escenificando una verdadera comedia, pues metía las patas en todas las grietas y forcejeaba torpemente; se parecía más a una muñeca de trapo que a un perro de trineo.

-¡Alto! -gritó Syd-. Según la referencia de nuestro mapa, debemos de estar en el centro de las islas Douglas.

Nos miramos los tres con expresión de desaliento. Hasta donde alcanzaba la vista, no se veía nada más que mar congelado y icebergs. Juntándonos en busca de calor sostuvimos una pequeña conferencia y decidimos regresar a la ciudad de hielo que acabábamos de pasar, para estudiar la situación con más detenimiento durante las dos horas que nos quedaban de luz diurna.

El látigo sonó dando la orden, el equipo describió un arco muy amplio y trabajosamente iniciamos el regreso sobre nuestros pasos. A juzgar por la rapidez con la que se nos congelaba en el rostro el vapor de la respiración, sabíamos que la temperatura descendía de prisa. Nos mirábamos las caras con frecuencia en busca de puntos blancos, el primer signo de congelación, y una y otra vez me oprimía la nariz y los pómulos con la mano desnuda para restablecer la circulación.

En poco tiempo estábamos de regreso en los icebergs, vagando sin rumbo fijo. Entonces, sin dar aviso, los perros aumentaron la velocidad, gimoteando con ansia por algo que no podíamos ver.

-Puede ser una foca, un agujero de foca o tierra -comenté a Syd y Peter con creciente entusiasmo-. Sólo se comportan así cuando creen que el viaje va a terminar, o cuando huelen una foca. Y, si creen que están cerca de casa, ¡entonces es que están oliendo tierra!

Como los perros corrían a gran velocidad, los tres nos subimos al trineo. Y al doblar en torno a un gran iceberg varado, contemplamos frente a nosotros dos pequeñas islas cubiertas de nieve, rodeadas casi en su totalidad por castillos de hielo. Los perros habían encontrado las islas Douglas.

Luego que establecimos el campamento en una de las islas redescubiertas, nos pusimos a trabajar duro para confirmar nuestra posición. Syd tomó nota de la ubicación de varias estrellas muy separadas entre sí, midiendo ángulos con el teodolito y haciendo los cálculos subsecuentes. Gracias a ello logramos establecer nuestra posición con exactitud. Cerca de la medianoche, finalizamos las mediciones astrológicas y dimos por terminado nuestro trabajo científico. Después de una última taza de café, todos nos metimos en los sacos de doble espesor y nos quedamos dormidos de inmediato, buscando la mejor posición, mientras la vida retornaba a nuestros pies y manos. Afuera, los perros ávidos de amor aullaban por Denny, atada fuera de su alcance.

Syd se las arregló para colocarse en el centro, la posición más solicitada para dormir en una tienda de campaña en mitad del polo, debido al calor de un cuerpo a cada lado. Pero al hombre que ocupaba ese lugar durante la noche le tocaba servir de mesa al día siguiente, de modo que tenía que soportar, cuando menos, las tapas de madera de dos de las cajas de raciones, la hornilla de petróleo, la cacerola y la cafetera, así como un surtido de tazas, platos y cubiertos.

A la mañana siguiente era mi turno para cocinar. Herví el agua y serví una mezcla preparada con las sobras del día anterior, una lata de trim (una especie de carne con caldo) y un poco de cebolla en polvo para disimular el sabor del pemmican que habíamos cenado una noche antes.

Cuando me vieron salir de la tienda de campaña, los perros se incorporaron y se sacudieron. Varios de ellos levantaban las patas del hielo, como si marcharan en un mismo punto.

Cuando revisé el termómetro me di cuenta del motivo; durante la noche, la temperatura había descendido más allá de los sesenta grados bajo cero y en el hielo sería incluso más baja.

Oscar y Denny estuvieron separados esa noche; pero, cuando aparecí, Oscar me miró pensando que se reuniría con ella. Corrió hasta donde se lo permitía la cadena, aullando como un alma en pena. La hembra, en cambio, se mostraba indiferente. Ya había concebido y perdía con rapidez el interés en el perro, aunque el ardor en éste no disminuía y su decepción por mi regreso a la tienda fue conmovedora.

Tomé un trozo de hielo para hacer café y me arrastré al interior de la tienda.

-Caballeros, el día es hermoso allá afuera -anuncié en tono alegre-. Los pájaros cantan en los árboles y no hay ni una nube en el cielo. Ya trajeron el pan y la leche, pero nos dejaron una multa en el trineo por estacionarlo en un lugar prohibido.

-A veces creo que estás medio loco, Nils -comentó Syd con una especie de gruñido, como lo hacía casi todas las mañanas-. Entonces, vayamos a trabajar. Durante todo el día colectamos muestras geológicas, determinamos la posición por medio de las estrellas, elaboramos mapas y exploramos el lugar. A la mañana siguiente, la temperatura había subido a cuarenta grados bajo cero, pero al oeste de la zona de Mawson se divisaba una tormenta de nieve a escasa altura, signo inequívoco de que en pocas horas tendríamos mal tiempo. Frenéticamente, desarmamos la tienda de campaña y empacamos todo, ansiosos por regresar lo antes posible a la seguridad del campamento Mawson. La tormenta podía azotar las aguas del mar y levantar gigantescas olas que romperían la capa de hielo, dejándonos varados en una isla cuya existencia sólo nosotros conocíamos. Le pusimos tirantes extras al trineo e iniciamos el camino de regreso luego de un desayuno abundante, porque no sabíamos cuándo sería nuestra próxima comida.

Corriendo contra el tiempo y contra la ventisca que se acercaba procedente del casquete polar, uno de los hombres se subía al trineo mientras los otros dos se sujetaban con fuerza de los manubrios y aligeraban el peso corriendo a los lados. Establecimos un ritmo de marcha bastante rápido.

-¡Ea, ea, mush! -gritaba una y otra vez al tiempo que hacía sonar el látigo. Cada hora hacíamos un alto para que los perros descansaran y nosotros también agradecíamos unos minutos de respiro mientras comíamos un poco de chocolate y galletas ricas en proteína, a fin de mantener la energía.

El viento aumentaba sin cesar y al poco rato comenzó a arrastrar nieve sobre el hielo. Al principio sólo la levantaba al nivel de la cintura, pero ello era suficiente para molestar a los perros. Instintivamente, empezaron a desviarse del curso establecido con el fin de colocar la cabeza a sotavento. Debíamos hacer correcciones constantes y nuestra velocidad se reducía cada vez más.

De pronto, se nos aproximó un muro de nieve proveniente de la costa. La tormenta. Una violenta ráfaga de aire estuvo a punto de volcar el pesado trineo y de prisa nos ajustamos los cordones de las capuchas de los abrigo hasta dejar solamente una pequeña abertura para la cara. Los perros se sentaron en el hielo con el lomo vuelto hacia el viento, listos para enrollarse y dejar que los cubriera la nieve.

-¡Tendré que ir delante de ellos! -grité-. Con esta tormenta les será imposible ver por dónde van, pero si estamos con ellos seguirán tirando aunque sea a ciegas.

-¡Entonces nos turnaremos en la punta! -gritó Peter a su vez-. Comienza tú, Nils.

Me incliné hacia delante para luchar contra la fuerza del viento y llegué hasta Denny.

-¡Vamos! ¡Mush! -grité con voz ronca. Los perros se levantaron y reiniciamos nuestro fatigoso camino a través de la tormenta, aguijoneados por la ansiedad ante el incierto panorama del mar congelado que nos separaba de algún lugar cobijado y seguro.

Inclinado hacia delante y con la cara vuelta de costado para evitar las intensas ráfagas de hielo, caminaba penosamente tratando de dirigirme a un punto fijo. Esto se hacía más y más difícil, conforme aumentaba la fuerza de la tormenta, y el viento se empecinaba en meternos aire cargado de nieve en los pulmones cada vez que tratábamos de enfrentarlo.

Me sobresalté al oír un grito desde la parte trasera, donde Peter se limpiaba la cara sin cesar para poder ver la brújula.

- ¡Nils, mantente más hacia la izquierda, contra el viento!

A regañadientes, me dirigí de nuevo contra la tormenta, manteniendo la mano enguantada frente a la boca para poder respirar. Con frecuencia me volvía para ver a los perros. Con la cabeza vuelta parcialmente a sotavento se habían apretujado y seguían tirando como si fueran

uno solo. Tenían los costados cubiertos de hielo y parecía que llevaran armaduras blancas. Oscar se pasaba con frecuencia una de las patas delanteras sobre la cara para retirar las gruesas costras de hielo que se le formaban alrededor de los ojos y la nariz. Al parecer, era el único perro que se daba cuenta del peligro que representaba esa asfixiante y cegadora capa. -¡Alto! -grité a los demás-. Debemos quitar el hielo que se ha formado alrededor de los ojos y la nariz de los perros.

-Hagámoslo con las manos desnudas -dijo Peter-. Así será más rápido -en pocos minutos, los perros se lamían el hocico, satisfechos, y seguimos la marcha. Al caminar, sentí un roce suave en la parte de atrás de la rodilla. Miré hacia abajo y descubrí al viejo Butch; se había colocado tan cerca de mí que se quitaba el hielo de la nariz rozándola de vez en cuando contra mi pantalón. Me agaché de inmediato y di unas palmadas de afecto en la cabeza grisácea. En respuesta, Butch me dio un ligero empujón. El resto del equipo seguía caminando con la nariz a unos cuantos centímetros de las profundas huellas de mis botas de piel de foca. Lenta y tortuosamente nos fuimos abriendo camino a través de las traicioneras aguas congeladas del mar.

Cuando Peter vino a relevarme en la punta, sentí como si hubieran pasado varias vidas, y me fui agradecido hacia la parte trasera. Pero no había un momento de respiro. A pesar de lo cargado que iba, el trineo se sacudía como un velero que navegara con la proa hacia el viento. Syd y yo caminábamos a los lados, medio apoyados en él, tratando de mantenerlo nivelado. De vez en cuando, los remolinos de nieve envolvían a Peter y a los perros borrándolos de nuestra vista.

Con un cansancio que aumentaba a cada minuto, seguimos avanzando penosamente. La temperatura no era muy baja, pero en esa tormenta tan violenta, el frío y el viento nos oprimían la cara y las manos como bandas de acero congelado. Ya no sentía el lado izquierdo de la cara y tenía la impresión de que el ojo se me caería como si fuera una pieza de mármol. Cada vez que sacaba la mano del guante para pasármela por el rostro, perdía la sensibilidad en ella. Esto se convirtió en un círculo vicioso. El aullido del viento ahogaba cualquier otro sonido. Estábamos en otro mundo, sufriendo una horrible y solitaria pesadilla, y cada paso era, por sí mismo, una prueba de fuerza de voluntad.

Cada hora permitíamos que los perros descansaran, apretujados en el sotavento del trineo. Compartíamos chocolates y galletas con ellos y nos turnábamos para ir al frente.

-Debe de estar por aquí cerca -dijo Syd con un tono de ánimo en la voz-. Otros dos o tres kilómetros. No podemos hacer más paradas. Vamos, sigamos caminando.

Volví a tomar el turno a la cabeza del equipo. Fielmente, los perros se levantaban en cada ocasión. Butch volvió a tomar el lugar detrás de mi rodilla y me empujó mientras lo acariciaba. Él y Mac, los viejos líderes, se veían más cansados que el resto de la manada. Los dos habían estado abriendo camino durante todo el día, muchas veces a través de depósitos de nieve alta y floja, y ambos se tambaleaban. Oscar parecía el menos afectado. Su tirante estaba tenso y él era el único que aún llevaba el rabo enroscado sobre el lomo. Sabía cómo mantenerse libre de hielo y tenía la mirada fija en Denny, que trabajaba delante de él. Sentí envidia del ánimo que mostraba Oscar.

El único contacto con la realidad me llegaba a través de las suelas de las botas, conforme éstas dejaban sus efímeras huellas en la nieve compactada sobre la capa de hielo, que nos separaba de las negras aguas del Océano Antártico por menos de un metro. De pronto advertí que las palabras de una vieja oración dedicada a los perros de trineo me corrían por la mente como un estribillo:

"¡Oh, Señor! Mira con bondad a estas tus criaturas porque nosotros dependemos de ellas, y ellas, con nosotros, dependen totalmente de Ti".

Sin previo aviso, tropecé en una grieta profunda. Se veía como una de esas grietas de marca que uno siempre encuentra cerca de tierra. Con una creciente esperanza dentro de mí traté de seguirla, y la grieta me llevó directo a una abertura grande en el hielo, un respiradero de focas con el tamaño suficiente para permitir el paso de una de ellas. ¡Eso significaba tierra! "Esta debe de ser una de las islas costeras", pensé.

¡Entonces la vimos! Una fisura entre la espesa cortina de nieve nos permitió una visión rápida de un fragmento de roca negra, y unos cuantos pasos más nos llevaron ante la alta y empinada pared de una isla.

¡Al fin encontramos un refugio donde pasar lo peor de la tormenta! Respiraba con alivio cuando me sobresaltó el grito repentino de Peter. Temiendo que hubiera resbalado, salí corriendo hacia él. Pero el geólogo apuntaba hacia la parte delantera del grupo de perros donde Oscar, aún con el arnés puesto, trataba de aparearse con Denny.

-¡Vaya perro! -exclamó Syd, riéndose con admiración mal disimulada-. ¡Después de un día como éste!

Mientras yo revisaba a los perros, Syd y Peter buscaban un punto para subir a la meseta. Regresaron pronto, confirmando que el único lugar por el que podríamos subir estaba frente a nosotros. Tendríamos que dejar el trineo abajo y subir todo lo que traíamos hasta la parte alta de la isla, donde se hallaba el único lugar plano cubierto de nieve con espacio suficiente para montar la tienda de campaña. Antes de emprender el ascenso, el problema más urgente era encontrar un lugar donde atar a los perros; finalmente lo hicimos en la estrecha faja de hielo, una especie de aro helado que rodeaba a la isla. A pesar del cansancio que nos aquejaba, tendríamos que mantener una vigilancia constante para asegurarnos de que los animales se encontraran bien.

Tallamos unos escalones en el hielo que cubría la roca y después, bulto por bulto, subimos toda la carga del trineo. Primero excavamos en la nieve un espacio cuadrado con el tamaño suficiente para instalar la tienda de campaña; después, tuvimos que pelear con la tela que restallaba con violencia por el fuerte viento, hasta que finalmente pudimos fijarla con cables y bloques de nieve. Agradecidos, nos arrastramos al interior y encendimos la hornilla de petróleo. Después de comer, verificamos nuestras provisiones y convinimos en racionar el combustible, por si la ventisca duraba algunos días.

-Sugiero que salgamos de aquí en el primer respiro que nos dé la tormenta -propuse-. Quizá nos encontremos en medio de una serie de depresiones climatológicas, pero a menudo hay treguas. No tenemos que preocuparnos por la hora de la salida. Hay Luna llena y los perros encontrarán las viejas rutas.

-Estoy de acuerdo -replicó Syd-. Es conveniente dormir un poco mientras se pueda.

Totalmente vestidos, nos deslizamos en los sacos de dormir, con las botas al alcance de la mano. Medio sentados, caímos en un sueño intranquilo.

Poco antes de la medianoche nos despertó un sonido estruendoso. Se habían soltado los tirantes que sujetaban la tienda de campaña a barlovento, y el vendaval sacudía la tela como si fuese una gigantesca vela de barco. Syd, a quien una de las paredes de la tienda había golpeado en la cabeza, salió de su bolsa de dormir y atravesó el umbral de un salto, olvidándose de ponerse las botas. Peter y yo sujetamos por dentro un poste cada uno, mientras Syd fijaba los cables por fuera.

-¡Demonios! -exclamó con desaliento, asomando la cabeza por la entrada-. ¿A alguno de ustedes le sobrará un par de calcetines secos?

Varias horas después, cuando volvimos a despertar, oímos un ruido como si alguien estuviera paleando grava y echándola sobre la tienda. Con un terrible desgano, me puse las heladas botas, la ropa exterior a prueba de viento, un pasamontañas negro de franela y dos pares de mitones de lana de tejido muy apretado y textura grasosa, cubiertos con un material a prueba de viento y piel en las palmas. Una vez afuera, recogí siete raciones de medio kilo de

pemmican para los perros y bajé por la escalera tallada en el hielo. Las cosas habían empeorado mucho. La plataforma de hielo principal se desplazaba ante mis ojos y la ancha grieta de marea se había llenado de agua hasta una profundidad de un metro. En su interior flotaban fragmentos de hielo movidos por la ventisca, que enviaba un rocío de sal congelada sobre las líneas de los perros. Poco más de un metro de la base de hielo había desaparecido y parecía que otras capas se romperían en cualquier momento.

Los perros se habían alejado hasta donde lo permitían las cadenas, y estaban enroscados con el lomo contra el viento y el rocío de sal. Mac y Butch, los viejos líderes, tenían una gruesa capa de hielo sobre el lomo y se veían impávidos ante el clima. Los demás perros también estaban evidentemente dormidos; sólo Oscar merodeaba, intranquilo, gruñendo cada vez que era alcanzado por la salpicadura.

Subí de regreso por la pendiente y asomé la cabeza preocupado por la abertura de la entrada de la tienda.

-Me temo que necesito ayuda urgente -informé jadeante.

En unos cuantos minutos estábamos todos sobre la base de hielo, que se desintegraba con gran rapidez.

-Si tratamos de subir a los perros uno por uno, vamos a perder mucho tiempo -me aventuré a decir-. Debemos arrastrar todo el lote tal como está, atado. Un hombre en el frente, uno a la mitad y el otro atrás.

Soltamos las estacas y fui a la parte delantera de la línea, junto a Denny y comencé a subir. Resbalando y bregando emprendimos la escalada, usando cada grieta y saliente de las cuales asirnos. Una hora más tarde fijamos estacas en el hielo para sujetar la línea de los perros, recuperamos el trineo y nos arrastramos agotados al interior de la tienda.

Dormimos hasta que pasó la tormenta. Cuando nos levantamos, ya avanzada la tarde, el viento había amainado y la nieve, arrastrada por el aire, silbaba suavemente entre las rocas y hendeduras de la isla. El breve lapso de luz diurna se desvaneció en la noche y, entre los diminutos remolinos de nieve, pudimos ver el cielo. La luna llena se reflejaba como una amplia franja plateada sobre el océano congelado. Los agotados perros ni siquiera se movieron cuando nosotros comenzamos a trajinar en el campamento provisional. Habían alcanzado el punto máximo de la comodidad bajo la nieve, enrollados para conservar el calor. Por fin pudimos echar un vistazo alrededor para ver con exactitud dónde habíamos acampado durante la tormenta. Nuestra isla era la más septentrional del grupo de las Spjotoy, muy separada de las otras, unos veinte kilómetros al nordeste de Mawson y muy lejos de nuestro curso original. De haber pasado de largo, habríamos seguido alejándonos de Mawson y enfilado hacia el gran desierto de hielo.

Aprovechando la calma temporal, salimos para cubrir la última etapa de nuestro regreso a casa. La tormenta casi había cedido y la luna llena creaba un fantástico país de hadas congelado, con imponentes icebergs de color azul marino, islas con manchas oscuras y un infinito espejo brillante de agua petrificada que se perdía en el horizonte. Corriendo a toda velocidad, los perros nos llevaron hasta la bahía y pudimos oír el ruido de los motores Diesel mezclado con los ladridos de los perros que se habían quedado en el campamento. En algunos de los albergues aún se veía luz a través de las pequeñas ventanas. Fuimos recibidos con alivio por los hombres que estaban en la base y, en pocos minutos, nos derrumbamos sobre nuestras camas.

Estimulados por lo que habíamos descubierto y por el recorrido nocturno, Peter, Syd y yo nos levantamos con el amanecer. La ventisca había pasado del todo y era un día inesperadamente agradable. Un viento que venía de la meseta soplaba estable a treinta nudos, con ráfagas ocasionales hasta de treinta y cinco. Con la esperanza de que se presentara un día como éste,

habíamos traído de Australia un palo del número uno para practicar un poco de golf en el hielo.

Felices, los tres nos dirigimos hacia la zona de la bahía con los bolsillos llenos de pelotas de golf pintadas con esmalte negro. Peter Crohn había reunido algunos tornillos grandes para madera que harían las veces de soportes para las pelotas; los había afilado con una rueda de esmeril y los "atornilló" en la nieve. Con gran cuidado, instalé una de nuestras valiosas pelotas de golf e indiqué la trayectoria que llevaría. Me sentí ridículo jugando golf vestido como esquimal.

Peter estaba detrás de mí con unos binoculares. Esperé a que el viento se calmara y le di un golpe a la pelota. En el instante preciso en que terminaba de hacer el movimiento, vino un tremendo golpe de aire que por poco nos derriba. Por una vez mi tiro fue bueno, y el viento impulsó la pelota sobre la ensenada Mawson, a través de la bocana y hacia el mar abierto.

-¡Todavía puedo ver la pelota! -gritó Peter-. ¡Va rumbo de la isla Flatoy!

La isla está a cuatro kilómetros de la boca de la bahía, y la pelota saltó sobre el mar congelado, hasta terminar su viaje en alguna grieta. Le pusimos el arnés a Oscar y salimos a buscarla, aunque sin muchas esperanzas de encontrarla. Pero, con su extraña habilidad para advertir la emoción, el perro se dirigió hacia la grieta de marea y encontró la pelota anidada en la orilla de la isla.

Un año más tarde, mientras me tomaba una copa con un periodista en la ciudad de Melbourne, la conversación nos llevó al golf y a los golpes excepcionalmente largos. Le conté la historia en medio de sonoras e incrédulas carcajadas. Resultó que cerca de nosotros, en el mismo bar, estaba el escritor de la página de golf del periódico The Herald, quien escuchó nuestra conversación.

-¿Es auténtico eso que está diciendo? -preguntó.

Al día siguiente, la historia apareció en The Herald. Cuando volví a visitar la biblioteca de la División Antártica en Melbourne, el bibliotecario me abrazó.

-¡Al fin lo hemos logrado, Nils! -me dijo-. Eres el primer explorador australiano que tiene el honor de aparecer en el Libro Guinness de récords. Y, entre todas las posibilidades, ¡por un golpe de golf! -. Ahí estaba, el golpe de golf más largo que se haya registrado y que, hasta donde sé, todavía permanece.

5

El viaje hacia el Sur

Después de la emocionante y aterradora jornada en la ciudad de los icebergs, Oscar se convirtió en padre por primera vez. Los cuatro lindos cachorros crecieron muy rápido y, mientras el largo invierno declinaba, jugaban felices alrededor de los remolques y de los trineos motorizados que estaban en la parte baja del campamento.

Oscar aceptaba a los cachorros con mal disimulada impaciencia. A menudo me sorprendí sonriendo al verlo jugar con ellos, un hecho del todo inesperado para su carácter habitual. Cuando los pequeños se entusiasmaban demasiado, él simplemente les daba una sacudida y se alejaba.

Oscar parecía saber que él era el padre. Esto era poco común entre los huskies, ya que entre ellos el único afecto natural se da entre la madre y los cachorros cuando éstos son muy pequeños; tan pronto como tienen edad suficiente para alimentarse con carne de foca, los caminos se separan y es muy raro que se presente algún vínculo posterior. A diferencia de los perros domésticos, los huskies operan en grupos, aunque son autosuficientes. Si un cachorro medio crecido se acerca por ignorancia a la madre mientras ella está comiendo, es seguro que se llevará un ligero susto.

Llegaron la primavera y el verano trayendo consigo los largos días de sol brillante, con algunas ventiscas intercaladas. Conforme los perros veteranos de la isla Heard se fueron haciendo más viejos, aumentaba la necesidad de contar con más perros jóvenes adiestrados. El año anterior, varias camadas habían nacido durante la prolongada época de tormentas, y sólo cinco cachorros de veinticinco pudieron sobrevivir. Fue cuando se nos ocurrió la idea de crear una paridera permanente para las perras. Nos tomó un día convertir el porche de la enfermería, hacerlo "a prueba de perros" y aislar las paredes y el piso.

Dinah, una de las perras, fue dedicada a la reproducción. Tratamos de engancharla varias veces a un trineo, pero su falta de espíritu y atención a las órdenes del conductor hizo imposible su adiestramiento. Sin embargo, tenía una hermosa estampa y era una madre excelente, de modo que decidimos quedarnos con ella.

Dinah estaba a punto de parir y la llevamos al nuevo ambiente. Para nuestro alivio, se adaptó enseguida. A veces, las perras se empeñan en parir a los cachorros en algún lugar escogido por ellas mismas, y no hay poder humano que las haga tener a sus crías en un sitio adaptado por la mano del hombre. Dinah comprendió que estaba segura y nacieron seis cachorros perfectamente sanos. Todos sobrevivieron y en unas cuantas semanas ya se habían adueñado de la enfermería, al grado que el médico nos pidió que los cambiáramos de lugar. Así que apenas a tiempo adaptamos uno de los remolques para el siguiente parto, esta vez de Denny. Pero no corrimos con la misma suerte.

Denny escogió una noche de septiembre en que la tormenta aullaba en el exterior. El primer cachorro nació muerto, pero hubo otros siete en rápida sucesión. Debido a la fuerza de la ventisca no nos atrevimos a instalar un calefactor dentro del remolque, ya que las rachas de viento borrascoso lo habrían apagado o, peor aún, podían haberlo volcado, causando un incendio. Pero era muy importante mantener calientes a los cachorros durante las primeras horas de vida. Mientras Denny paría los últimos perros, los primeros se quedaron sin protección, y varios de ellos se veían ya sin vida. Desesperado, traté de darles calor mientras Denny, con toda calma, seguía depositando las nuevas crías en el piso helado. Entre la perra y yo tratamos de mantener vivos a los diminutos cachorros, pero estábamos perdiendo la batalla.

Hice acopio de valor y decidí despertar al médico de la base. Recogí a los recién nacidos y me los acomodé en el abrigo como si fueran salchichas, llamé a Denny con un grito y los dos salimos tambaleándonos por la fuerza del viento.

-Un masaje suave y respiración artificial, así -decía el médico sentado en la cama mientras sujetaba entre las manos a uno de los cachorros.

-Van a estar bien -nos decía a Denny y a mí, mientras acomodaba a las demás crías bajo las mantas-. Estos dos últimos son los que necesitan más ayuda. Nils, tráeme dos tázones con agua, en uno caliente y en el otro fría, y ese pedazo viejo de toalla.

Había estado dando masaje al pequeño cachorro durante diez minutos, cuando éste comenzó a dar señales de vida. Profirió un gemido y comenzó a moverse; la temperatura del cuerpo era ya casi igual a la de mis manos.

-Ponlo bajo las mantas -ordenó el médico.

Acto seguido comenzó a sumergir al último cachorro en el agua caliente y en la fría. Con mucho cuidado, le sopló por la boca mientras le presionaba el pecho como si éste fuera un pequeño fuelle. Pasaron varios minutos sin que sucediera nada; de pronto, el perrito dobló el cuerpo con lentitud y dejó escapar un débil gemido, como el de un ratón. Habíamos ganado.

Los planes para una expedición de mayor envergadura, el gran viaje hacia el Sur, estaban muy adelantados, y se tomó la decisión de establecer una base importante en una zona ubicada en los montes del Príncipe Carlos, cuatrocientos kilómetros al sur de Mawson, para

los grupos expedicionarios. Aprovechando los días más largos, en lo que era el proyecto más importante del año se investigarían las vastas regiones inexploradas, se determinarían situaciones por medio de las estrellas y se estudiarían las rocas.

Al principio, el viaje se haría en dos "comadreas", o tractores, que arrastrarían trineos especiales con todo el equipo, los alimentos y las partes de reemplazo para establecer un campamento base. Mientras el hielo de la bahía Mawson tuviera la consistencia suficiente para permitir el despegue y aterrizaje del avión Beaver, el aprovisionamiento sería por aire.

Como parte de la preparación para la gran jornada, habíamos hecho varios recorridos sobre los hielos a lo largo de toda la costa, utilizando tractores y equipos de perros. Estos recorridos trajeron a discusión la conveniencia de llevar perros en este viaje. Las opiniones estaban divididas. Había quienes apoyaban la idea de llevar sólo tractores, mientras que otros estaban seguros de que los perros podrían ser una mejor opción si fueran más jóvenes y no tuvieran que viajar tan lejos. En la plataforma continental de hielo, las técnicas de conducción serían ligeramente distintas, por la constante amenaza de las fisuras profundas en los glaciares. También. Estaba latente el peligro de perder el control de los perros y del trineo al descender por un largo talud de resbaloso hielo azul. Por tanto era necesario envolver con cuerdas los patines de los trineos, el conductor debía calzar botas con clavos para afianzarse en el hielo y las correas de los perros deberían ser lo suficientemente largas como para permitir que la trailla pudiera abrirse como un abanico al pasar sobre lugares con grietas. Sin embargo, los recorridos de preparación con perros habían sido satisfactorios y esto parecía claro en la mente de todo el personal. Comenzamos a hacer planes para agregar un tiro de perros en la expedición.

Bueno, Nils, ¿qué piensas de todo esto? -preguntó Bill Bewsher, jefe de la expedición. Bill era el único en quien yo podía confiar en el asunto de los perros.

-Creo que deberías llevar seis perros -contesté-, siempre y cuando recuerdes que estos perros ya no son jóvenes; podrías perder algunos. Los únicos de los que estoy seguro que volverán son Oscar y Horace. Oscar porque es el más fuerte de todos, Horace porque es astuto y perezoso y nunca va a esforzarse al máximo. Así que no permitas que vayan muy cargados cuando anden en terreno plano y mantenlos en reserva para cuando necesites realmente de ellos en los terrenos más difíciles, entre esas montañas. Puedo hacer arreos nuevos, armar otro trineo y cortar la carne de foca en raciones iguales para que puedas llevarla con más facilidad. También haré botas para los perros, para cuando viajen sobre el hielo cristalizado, y cortaré cuerdas especiales para facilitar el frenado. El resto es cosa tuya.

Al día siguiente me fui al almacén, tomé un rollo nuevo de cuerda tratada con brea y me puse a preparar un juego completo de tirantes. Se hicieron varios arneses, para que cada perro tuviera uno de repuesto. Por último, todos los perros contaron con un juego de protectores nuevos para las patas. Los hice de la misma tela a prueba de viento de las tiendas de campaña y con suelas de piel suave. El contacto prolongado con las "aguja de hielo", un hielo azul cubierto de cristales afilados, lastimaba las patas de los perros, inutilizándolos a veces para el servicio.

Los dos pilotos terminaron los vuelos de aprovisionamiento, se hicieron los últimos preparativos y todo el equipo para el personal fue colocado en los trineos que serían tirados por tractores. Los perros estaban en buenas condiciones y podíamos sentir su nerviosismo y excitación. Quienes nos quedamos en la base observamos el tren de tractores encaminarse hacia el Sur. Una columna de humo azul salía por los tubos de escape y era dispersada por el fuerte viento que venía de la meseta. El equipo de perros arrancó por el lado izquierdo rebasando a los tractores que arrastraban los pesados trineos.

Durante las semanas siguientes tuve que permanecer en el albergue donde se encontraba la estación de radio. Todos los días, a las horas convenidas, hacíamos contacto con el equipo

expedicionario. Bill Bewsher me transmitía informes casi diarios sobre el avance y la condición de los perros. Algunas veces solicitaba consejo, pero la mayor parte de la información era siempre acerca de la distancia recorrida, las condiciones climatológicas y otros datos científicos.

Cada vez con más frecuencia, los breves mensajes de Bill incluían el comentario "los tractores no pueden mantener el paso de los perros". Me imaginaba a los perros avanzando con facilidad sobre el sastrugi, una superficie de nieve compactada barrida por el viento que levanta nieve nueva en oleadas de dos o tres metros de altura. Mientras que la flexibilidad del trineo tipo Nansen, unido con correas de cuero crudo, les permitía serpentear a través del sastrugi, los vehículos rígidos y los trineos de carga sufrían un castigo severo. Por fin, llegó el día tan esperado en que se nos informó que el grupo había logrado pasar por el último tramo de un territorio lleno de grietas y llegado al depósito principal, cuatrocientos kilómetros hacia el Sur.

Mis perros fueron requeridos para llevar a cabo una tarea casi imposible. Debían trabajar como nunca y ayudar a tres hombres durante varias semanas, sin un día de descanso. Con el equipo de perros, los hombres realizaron tres viajes desde el depósito, recorriendo un total de seiscientos kilómetros tanto en las montañas como en sus alrededores.

El pobre Mac, el líder del grupo, fue el primero en pagar el precio. Era el perro más viejo y su cerebro sólo registraba una orden: tirar del trineo. El perro tiró hasta desplomarse. Los hombres trataron inútilmente de revivirlo; incluso montaron un campamento temporal, pero el pobre perro no pudo ni levantar la cabeza. Por fin, una bala terminó con el sufrimiento.

Con los cinco perros restantes, el grupo siguió adelante a través de las primeras planicies, hasta que pudo alcanzar una segunda serie de montañas. Avanzaron entre una imponente formación de picos, hicieron prospecciones y determinaron la situación por medio de las estrellas. Puesto que les quedaban pocos víveres, regresaron a la base para repostar y salir de nuevo al día siguiente.

El segundo viaje llegó hasta el tercer grupo de planicies; aquí encontraron un gran glaciar que se deslizaba hasta las tierras bajas de Amery, en lo que parecía ser el comienzo de la vasta y espesa capa de hielo flotante conocida como la plataforma de Amery, que se extendía hasta la costa entre Mawson y los montes Vestfold. En la parte alta del glaciar establecieron un almacén y descendieron casi tres mil metros por un terreno peligroso lleno de profundas grietas. En las escarpadas montañas, cuyos oscuros picos sobresalían entre el hielo, el geólogo Peter Crohn encontró depósitos de carbón y varios lagos congelados de gran tamaño, perfectos para el aterrizaje de los aviones.

Una vez terminadas las investigaciones, comenzaron el penoso regreso por el glaciar con la pesada carga; los hombres tiraban del trineo al lado de los cinco perros. Las profundas grietas obstaculizaban el avance en todas direcciones y sólo sondeando cada paso y con la ayuda de los animales, que olfateaban el peligro, pudieron llegar al depósito.

Determinados a completar el programa, descansaron un día antes de emprender el último viaje a las planicies más alejadas. Brownie fue el perro que llegó al límite esta vez, y murió de agotamiento. Poco tiempo después, Syd Kirkby dijo que a Brownie lo había matado su propia torpeza, pues tenía una magnífica disposición pero se caía en cada hendidura y grieta del camino, igual que cuando me había acompañado en busca de las islas Douglas. Cuando era necesario cruzar alguna fisura profunda, los demás perros se aseguraban de contar con suficiente soltura en los tirantes antes de saltar y era raro que tuvieran algún problema. Sin embargo, Brownie nunca lo logró. Aunque todos veían la concentración con que trataba de calcular la longitud exacta de la grieta, podía saltar y desaparecer por la hendidura con un aullido de terror, para ser rescatado por los hombres tirando del arnés. Aun-

que no era tan viejo como el resto del equipo, Brownie se cansó cada vez más por los repetidos errores, hasta que se derrumbó.

La pérdida de otro perro fue un golpe duro, pero los otros cuatro hicieron un trabajo magnífico. Para empeorar las cosas, en el viaje de regreso tuvieron que abrirse paso a través de una nevada que duró cuatro días. Una vez más, los hombres tomaron los arneses y tiraron del trineo junto con los perros, hasta alcanzar el depósito principal.

Syd pudo determinar ocho posiciones por medio de las estrellas y Peter realizó la primera prospección geológica extensa de las montañas del Príncipe Carlos. Compilaron sus informes sobre el clima, hicieron mapas del flujo de los glaciares a través de las planicies hasta la costa y recabaron información acerca de los vientos predominantes, los aludes de nieve y los glaciares. La tarea estaba terminada.

Las últimas semanas de trabajo agotador dejaron huella en los cuatro perros. Todos habían adelgazado mucho, y tenían el aspecto de una manada de lobos famélicos. Durante el viaje de regreso a Mawson, Oscar dirigió el equipo, y a su lado iba Dee, la perra en cuyo adiestramiento tanto había yo trabajado. La pobre perrita estaba casi muerta de cansancio. Un día llegó un mensaje por la radio donde me decían que Dee estaba enferma y me pedían consejo. Había comenzado a sangrar, y yo sabía, con una tristeza abrumadora, que había muy pocas esperanzas de salvarla. A la mañana siguiente, estaba muerta.

Aquel campamento quedó marcado con un montón de nieve de dos metros de altura que cubría el cuerpo de Dee. Su infalible disposición para trabajar se había ganado el afecto de todos los hombres de la expedición. Decidieron subir a los tres perros restantes a los trineos motorizados, para que viajaran el último tramo de ciento cincuenta kilómetros con relativa comodidad.

Mientras el equipo que se había dedicado a viajar hacia el Sur se dispersaba en Mawson, recibí la confirmación de mi transferencia a la nueva base en los montes Vestfold. Me informaron que había sido aceptado como meteorólogo, operador de radio y responsable de los perros. Las conversaciones de los hombres que habían viajado hacia el Sur, llenas de los detalles de la aventura, hicieron que los últimos días de mi año en Mawson transcurrieran con asombrosa rapidez.

Una vez más abordé el Kista Dan, esta vez camino de la nueva base, Davis. Llevaba cinco perros conmigo. Cuatro de ellos eran todavía cachorros de seis meses de edad. El quinto era Oscar.

6

La base más pequeña

El barquito rojo navegó hacia el este durante los siguientes tres días. Disfrutábamos de rica comida danesa, cerveza enlatada y sábanas limpias en las literas, que eran arregladas cada mañana por los camareros de a bordo. Después de pasar un año en los hielos, estos pequeños lujos eran una maravilla.

El viaje en barco le era familiar a Oscar, quien pasaba la mayor parte del tiempo dormitando. En cambio, los perros jóvenes se mostraban fascinados por el agua que pasaba a gran velocidad, y permanecían horas con las patas delanteras colocadas sobre la barandilla, viendo detenidamente el mar.

Mientras el Kista Dan surcaba las dilatadas aguas, yo escribía cartas y ponía en orden mi equipo. La mayoría de los hombres con quienes había compartido el año en Mawson estaban a bordo, pero ellos regresaban a casa, soñando con pavos asados, panecillos horneados y fruta fresca. Todos pensaban que yo era un ser extraño. Sólo el geólogo Peter

Crohn, por experiencia, me felicitaba por la decisión de permanecer dos años más trabajando y construyendo una nueva base desde el principio.

-El segundo año es el mejor -me decía.

Por fin, el barco dirigió de nuevo la proa hacia el Sur y se acercó a la costa. Una noche más de navegación y pronto vería los montes Vestfold.

Después de un desayuno temprano a base de pan crujiente, arenques y café con crema, todos subimos al puente. Delante de nosotros, una barrera de hielo parecía bloquearnos el paso, pero el pequeño barco se concretó a reducir la velocidad y siguió su navegación sin problema. La proa se elevó y después se hundió al chocar con el primer témpano, que se partió con un sonido como de disparó. Lentamente, metro a metro, el Kista Dan estuvo todo el día abriéndose paso entre la densa capa de hielo. Los gigantescos icebergs brillaban a nuestro alrededor, emitiendo reflejos iridiscentes con variados tonos de azul y verde en la luz mortecina del sol nocturno.

Con los perros atados a mi alrededor en el castillo de proa, trataba de ver en la creciente oscuridad la mancha negra de los montes Vestfold, más de setecientos cincuenta kilómetros cuadrados de roca desnuda. Se asemejaba a un paisaje lunar con colinas rocosas bajas, que ondulaban como un desierto salpicado de rocas que se extendía desde la costa hasta la meseta polar, cincuenta kilómetros tierra adentro.

El capitán decidió no entrar en el campo de icebergs que sitiaba la base, sino permanecer toda la noche en mar abierto, esperando el nuevo día. La luna brillante enviaba su luz plateada a través del hielo, dándole a los icebergs una apariencia fantasmagórica, y la tierra rocosa dibujaba su relieve en el horizonte: sombras de un tono azul negro en las grietas y hondonadas, mientras que las crestas y los picos se iluminaban con el pálido resplandor.

Una nariz húmeda me empujó la mano y dos fuertes patas se apoyaron en el pasamanos junto a mí. Era Nel, la hembra del pequeño equipo, que estudiaba el terreno con la misma curiosidad que yo, dirigiendo con ansia la nariz hacia la costa. Luego, una gran cabeza hirsuta se frotó contra mí; era Oscar, que se nos unía en la barandilla. Extendí la mano y comencé a rascarle detrás de la oreja. Mirábamos el paisaje, cuando el viento nos trajo un olor inconfundible desde la costa: era el nauseabundo hedor de los elefantes marinos.

Al amanecer el barco viró y, con cuidado, comenzó a abrirse camino entre los icebergs hacia la costa. En un momento más pasamos entre algunas de las primeras islas, regresamos hacia el mar abierto y anclamos en una amplia bahía. Las grúas del barco izaron sobre la borda dos duwks, lanchones anfibios de desembarco de la armada, y escuché la orden del jefe:

-Los perros van con la primera carga.

Cada animal fue enganchado por el arnés y embarcado en el duwk, en medio de grandes protestas de su parte. En cuanto me reuní con ellos, las amarras del lanchón fueron soltadas y nos dirigimos hacia el grupo de albergues recién construidos sobre la playa. Con un ligero movimiento, las ruedas tocaron la arena y el vehículo salió del agua rodando.

Los albergues estaban construidos encima de una plataforma de rocas. Para bajar a la playa había un camino disparejo abierto en la pendiente arenosa cubierta de peñascos. La playa tenía doscientos metros de largo y estaba rodeada por un talud rocoso que se elevaba hasta convertirse en una meseta ondulada; la meseta iba subiendo conforme se extendía hacia el casquete polar.

Me recibieron los cuatro compañeros con los que compartiría el siguiente año de mi vida: Bob Dingle, oficial a cargo y meteorólogo principal; Bruce Stinear, geólogo; Alan Hawker, jefe operador de radio; y Bill Lucas, ingeniero de máquinas.

Atamos a los perros e iniciamos el camino juntos hacia el campamento. Había tres albergues principales para la vida en común, que más tarde se unirían a través de pasajes, dos

más pequeños que se usarían como almacenes y para inflar las sondas meteorológicas, y una diminuta cabaña que albergaba una cámara con lente especial para fotografiar las auroras. Los albergues estaban contruidos con tableros de aluminio en el exterior y madera contrachapada en el piso; como aislamiento se usaban bloques de un material comprimido que se parecía al corcho, y en el interior había más madera contrachapada. Toda la estructura se había unido con tornillos y tirantes, y todos los albergues eran a prueba de agua, viento y nieve.

El dormitorio estaba construido ex profeso para albergar a cinco personas. Tenía un área de siete por cinco metros, con cubículos separados para cada uno de nosotros y un porche en uno de los extremos, que llevaba al albergue comedor y a los talleres. En el centro de cada albergue había un suministro de aire tibio, que circulaba al nivel del piso, controlado con un termostato. Los compartimientos estaban separados por divisiones de madera y contaban con litera, alacena, cómoda y un pequeño escritorio con una ventana frente a él. La puerta era una cortina.

El albergue comunitario era enorme y funcionaría como cocina y comedor; de igual manera, ahí podríamos entretenernos durante todas las largas noches al terminar el trabajo. En uno de los lados había dos habitaciones que ocupaban aproximadamente un tercio del espacio; una estaba destinada para la estación de radio y la otra para la oficina meteorológica. En el otro extremo del albergue había una pequeña bodega donde guardábamos todos los alimentos de consumo inmediato. Le pusimos "el cuarto de música" porque también contenía el tocadiscos. En un campamento tan pequeño como el nuestro los lugares para el almacenaje eran muy importantes, y había repisas o alacenas en cada espacio disponible. Teníamos comida suficiente para dos años, por si el barco de relevo no podía pasar entre el hielo el verano siguiente.

El espacio principal y más grande en el albergue comunitario tenía el piso cubierto con un linóleo de un tono rojo brillante; había allí una mesa de tamaño suficiente para que seis personas se sentaran cómodamente, y sillas de acero tubular. El otro extremo estaba ocupado por una hornilla eléctrica, un fregadero de acero inoxidable, una mesa de trabajo para la cocina y una hornilla que funcionaba a base de combustible, para casos de emergencia. El agua sucia se vaciaba en un cubo grande, a través del desagüe del fregadero. No tenía objeto hacer ninguna instalación de escape del agua, porque cualquier tubo que estuviera en el exterior se congelaría.

El tercer albergue grande contenía dos plantas generadoras de electricidad con motores Diesel y un taller; su extremo más alejado-estaba dividido en un pequeño porche, la entrada posterior y un cuarto de baño. Antes de atravesar la pared del albergue y salir hacia el exterior, los tubos de escape de los motores pasaban por un gran tanque para derretir nieve, que proveía agua caliente; mientras, los motores nos proporcionaban electricidad para cocinar y energía para la calefacción, la iluminación y las radiocomunicaciones. En el cuarto de máquinas había dos bancos de trabajo con prensas de mano, equipo para soldar y un sinnúmero de herramientas para carpintería y mecánica.

Los dos albergues menores estaban separados del resto. Uno era exclusivo para el almacenaje, mientras que el otro se usaba para llenar los globos de las sondas meteorológicas con hidrógeno. El aparato para llenar los globos se ubicaba en el centro del cuarto; el resto del espacio estaba atestado de tanques de hidrógeno y también había muchas repisas.

Por último, había una pequeña cabaña donde se guardaba la cámara de gran ángulo, con una lente especial que abarcaba todo el cielo para fotografiar las auroras. También había baterías e instrumentos que sincronizaban nuestra cámara con otras similares en algunas bases de la Antártida.

Empezamos a trabajar desde el primer instante. Había suministros que descargar del Kista Dan y mucho trabajo que hacer en los albergues, que aún no tenían cableado para la electricidad. Ese día trabajamos hasta las diez de la noche y todos nos fuimos a dormir muertos de cansancio.

Nos levantamos al amanecer del día siguiente. Todavía quedaban cosas por descargar antes de que el Kista Dan pudiera hacerse de nuevo a la mar, y no fue sino hasta las tres y media de la tarde cuando la nave levó anclas y partió. Poco a poco, el casco rojo del barco se fue perdiendo entre los grandes icebergs, flotando majestuosamente más allá de la bahía, hasta convertirse en una pequeña mancha en la vasta extensión de hielo y agua.

En la base más pequeña que se había instalado en la Antártida, teníamos una tarea gigantesca por delante para hacer que todo funcionara antes de la llegada del invierno. Los albergues no estaban bien asegurados contra el viento y la nieve, uno de los motores necesitaba un arreglo general con urgencia, el transmisor principal estaba empacado todavía, y había cajas con suministros amontonadas por todo el campamento. Mientras tanto, debían realizarse los trabajos programados de observación y de transmisiones de radio, y continuar con la rutina de trabajo mientras íbamos conociéndonos.

Bob Dingle y yo ya éramos viejos conocidos de la Antártida; ésta era la cuarta expedición que él hacía. De cabello rubio rojizo, Bob era un buen organizador, discreto pero con una enorme capacidad de trabajo, una especie de fuerza expedicionaria en un solo hombre. Era delgado y musculoso, de estatura promedio, y podía caminar más que nadie. Nunca descansaba, no hablaba mucho de sí mismo ni criticaba a los demás.

Bruce Stinear, el geólogo, con cuarenta y un años era el mayor de nosotros. Tenía mucha experiencia en la vida sin comodidades. Había servido en la fuerza aérea durante la guerra y, al igual que Bob, también era hombre de pocas palabras, de complexión delgada, pelo oscuro hirsuto y un gran bigote bajo una nariz ganchuda con puente alto.

Alan Hawker, el jefe operador de radio, tenía veintiséis años y era el más joven del grupo, aunque ya había estado un año en la base de la isla Macquarie. Alan procedía de Dimboola, Victoria, y estaba muy interesado en todo lo que tuviera que ver con la radio. Era de estatura baja, rechoncho y de carácter muy tranquilo. Nada le preocupaba y resultaba frecuente verlo sentado moviendo botones hasta altas horas de la madrugada, hablando con otros radioaficionados en todo el mundo.

De los cinco, el ingeniero Bill Lucas era con mucho el más alegre del grupo. Nunca antes había estado en la Antártida y casi todo el tiempo se reía de alguien o con alguien. Era una fuente inagotable de diversión. Todos estábamos seguros de que sus pantalones tenían azogue por dentro, porque no permanecía sentado más de dos minutos, y siempre tenía algún proyecto o algo que debía iniciar de inmediato. Era un verdadero maestro de la improvisación y parecía estar en posibilidad de construir casi cualquier cosa con sólo materiales de desecho. Era alto y de quijada alargada y se había dejado crecer una barba que terminaba en forma de punta. El efecto que tenía era aún más sorprendente, porque Bill no podía hacer nada con el cabello, el cual le crecía en forma desordenada por toda la cabeza. Al aspecto descuidado contribuía, además, la falta de dos dientes delanteros.

Lucas odiaba a los políticos y a las personas que atendían estacionamientos, seguidos de los vendedores de automóviles, los "grandes negociantes" y la policía. Muchas fueron las noches en que estábamos sentados alrededor de la mesa, leyendo en silencio, cuando Bill gritaba de repente:

"¡Ya basta!", o "¡Deberíamos acabarlos a todos!" a lo cual seguía una larga diatriba sobre la gente o las instituciones que ofendían su sentido del balance en el mundo.

Esto era Davis en enero de 1957. El primer día que estuvimos solos comenzó a las siete en punto de la mañana.

-La tarea inmediata -dijo Bob en el desayuno- será establecer la estación para el año próximo. Después, podremos seguir con el verdadero trabajo. He hecho una lista de nuestros cinco objetivos principales -comenzó a leer-. Uno, meteorología; dos, realizar una prospección lo más completa posible de los montes Vestfold; tres, sincronizar la cámara de gran ángulo con las de las demás estaciones en la Antártida; cuatro, una investigación biológica para definir la fauna antártica en las distintas épocas del año; y cinco, determinar posiciones por medios astronómicos.

Dedicamos los primeros meses a establecer el campamento, pero con la llegada de los hielos marítimos pude invertir la mayor parte de mi tiempo en el ejercicio y adiestramiento de los perros jóvenes. Cada mañana, después del desayuno, comenzaba el forcejeo. Entrenar perros de seis meses de edad es la tarea más exasperante que se pueda emprender, y pone a prueba la paciencia de cualquiera.

Cuando Oscar llegó a Davis ya era un experto viajero que había tirado unos seis mil quinientos kilómetros de un trineo. Seguía manteniéndose a distancia de los demás perros y, desde que se convirtió en líder, era muy celoso de su posición; cualquier intento de otro perro por retar sus privilegios encontraba un castigo inmediato. Su fuerza de voluntad era más fuerte que nunca; además, conforme pasaban los años, su astucia aumentaba. Si no estaba de humor para tirar del trineo, iniciaba la caminata a buena velocidad, luego miraba hacia atrás y, a la más mínima distracción de parte mía, giraba en redondo y dirigía a los perros de regreso al campamento. Era una constante batalla de ingenio y voluntad entre el conductor y el perro. Hubo ocasiones en que tuve que usar el látigo para reprenderlo. Si se lo hubiera permitido, Oscar se habría convertido en mi jefe en menos tiempo del que podía imaginarme. Sin embargo, después de intentar el truco algunas veces, llegamos a un entendimiento, y en lo sucesivo dirigió al equipo como una flecha en trayectorias rectas.

Para enseñar a los perros la diferencia entre ir a la derecha e ir a la izquierda, utilizaba las palabras esquimales illi, para la derecha, y eeouk, para la izquierda. Había aprendido estas órdenes, cuando era joven, de Ajungilak, mi amigo esquimal. En uno de sus viajes a Groenlandia, mi padre, marino y gran amigo y admirador de los esquimales, telegrafió a mi madre diciéndole que le llevaba una sorpresa de regreso a Noruega. No le dio más detalles. Sólo ese enigmático mensaje.

Dos semanas más tarde, cuando el barco de mi padre atracó en el río que pasaba más abajo de la casa, pensé que me traería otro cachorro husky, tal como lo había hecho en algún viaje anterior; pero al bajar por la pasarela le seguía un joven de cara ancha, piel oscura y tipo rechoncho, que vestía una chaqueta peluda con capucha, o anorak. Mi padre caminó hasta el muelle y empujó al joven esquimal hacia mí.

-Este es Ajungilak, su nombre quiere decir feliz en idioma esquimal- me dijo.

La amplia cara, con los ojos ligeramente oblicuos, se dilató en una enorme sonrisa. Nos dimos la mano y anunció que estaba feliz de haber llegado con nosotros, aunque comentó: "Aquí hace mucho calor". Hablaba una especie de danés entremezclado con palabras esquimales, algo que se parecía mucho a nuestra lengua materna noruega.

Mi padre nos explicó que el joven estaría en casa con nosotros por un tiempo, compartiría mi habitación e iría al colegio conmigo. Ajungilak parecía tener unos doce años, aunque su edad podría haber sido mayor; nunca estuvo muy seguro de ello.

Ajungilak sentía un enorme respeto por mi padre, el capitán de un gran umiák, o barco. Mientras yo le ayudaba con los deberes del colegio, fue naciendo una gran amistad entre nosotros. Después de que él le diera una tremenda paliza al más pendenciero de la escuela, para deleite mío, todos los demás compañeros dejaron de molestarlo y los profesores pusieron más interés en ese estudiante tan fuera de lo común.

Cuando llegó el invierno, mis padres nos dieron ánimos para que fuéramos al bosque a acampar, a cazar y a pescar; también nos recomendaron esquiar. A Ajungilak le enseñé todo lo que yo sabía. Pero él era incansable, como todos los esquimales, y cuando las nevadas se hicieron más densas le hizo un arnés a mi perro, un husky de Groenlandia llamado Bjonz, además de un trineo del tipo groenlandés. Con este equipo salíamos de campamento, casi siempre a las tierras altas. Nunca llevábamos una tienda de campaña, pues Ajungilak siempre encontraba un gran lomo de nieve donde cavaba un túnel o, si la nieve tenía la consistencia adecuada, hacía un iglú, el refugio más confortable y abrigado que uno pueda desear. Fue él quien nos enseñó, a Bjorn y a mí, los puntos finos de la conducción de un trineo tirado por perros. Después de algún tiempo de esfuerzo constante, el perro respondía a las órdenes que le daba mi amigo para ir a la izquierda o a la derecha. Ajungilak me enseñó también a hacer arneses tipo esquimal, usando mecha de lámpara. Su trineo no tenía clavos ni tornillos, pero estaba unido con tiras de cuero crudo para que pudiera "funcionar" en terrenos accidentados.

Al acercarse el verano, Ajungilak estaba notablemente inquieto. Era obvio que sentía añoranza por los vastos glaciares y las estepas heladas de su natal Groenlandia. Una noche, mi padre nos reunió y nos dijo que haría otro viaje a aquellos lugares. ¿Querría Ajungilak regresar a casa? El oscuro rostro se abrió en una amplia sonrisa, que ya esperábamos, y en ese momento me di cuenta de que iba a perder a mi amigo, quizá para siempre. Al día siguiente, el barco zarpó con Ajungilak a bordo. Nunca volví a verlo.

En el campamento Davis rememoré el entrenamiento de aquellos años. Si quería que los perros giraran a la derecha, corría por el lado izquierdo del trineo mientras blandía el látigo y gritaba "íilli, illi!" La palabra para dar vuelta a la izquierda, eeouk, era un sonido largo completamente distinto al otro. Los perros aprendieron pronto a asociar los dos sonidos con izquierda y derecha, y sabían que, si no giraban, yo llegaría corriendo con el temido látigo en la mano. Si quería dar una vuelta muy pronunciada, azotaba la nieve con el látigo a uno de los lados; pero después de algún tiempo de intenso trabajo, pude simplemente gritar las órdenes desde el trineo para que el equipo dirigido por Oscar girara en la dirección indicada. Para detener el trineo, yo gritaba "¡whoa!" y me echaba hacia atrás sobre el freno. Para iniciar el arranque, usaba el conocido "¡mush!".

Oscar tenía un extraordinario sentido de la orientación y una gran habilidad para seguir los rastros. Podía recorrer sin dificultad la senda marcada por el trineo el día anterior, y además tenía un instinto especial para identificar terrenos peligrosos. Cuando el trayecto era tranquilo, el muy astuto veterano dejaba que el resto del equipo realizara el grueso del trabajo; él hacía su parte, pero sólo lo indispensable. Mas, cuando las cosas se ponían difíciles, su tirante iba tenso como una cuerda de violín.

Una mañana fría y airosa, tres de nosotros pusimos los arneses a los perros para hacer un viaje hacia la meseta. Esperábamos estar en posibilidad de marcar una ruta segura, de la costa hacia tierra adentro, para las futuras travesías de los vehículos motorizados. Como siempre, Oscar estaba en la punta, esta vez con un tirante más largo. Esperábamos encontrar grietas profundas, de modo que lo dejamos ir muy adelante.

El equipo ascendía correctamente y habíamos recorrido unos cuarenta kilómetros cuando llegamos a lo que llamamos un "territorio de domos", un área llena de domos de hielo con valles que serpenteaban entre ellos. La experiencia nos decía que en este tipo de terreno abundaban las grietas muy profundas. Bob determinó que él debería ir delante con un bastón largo para sondear el hielo, así que le atamos una cuerda de nailon de diez metros de longitud para asegurarlo al trineo, por si caía en alguna de las hendiduras, y se fue adelante con los perros.

Poco a poco, Bob nos fue guiando por el territorio mientras probaba con el bastón el espesor de las traicioneras capas de hielo que ocultaban profundas grietas. Advertí que Oscar

iba muy intranquilo. Siempre había mostrado un agudo sentido para detectar las hendiduras y esta vez iba moviendo la cabeza de un lado a otro, olfateando constantemente.

De pronto, se oyó un ruido intenso como el del viento y Bob desapareció.

Detuve el trineo y lo aseguré clavando los dientes del freno en la nieve. Luego, mientras Bruce tranquilizaba a los perros, me arrastré boca abajo con gran cautela hasta el borde de la grieta. Me asomé y vi a nuestro guía, diez metros abajo, balanceándose en el extremo de la cuerda sobre lo que parecía un abismo sin fondo. Le grité que aguantara y regresé al trineo. Tomé dos hachas para hielo y volví a rastras hasta el borde del hueco, donde tuve que arreglármelas para poder deslizar los mangos de las hachas debajo de la cuerda. La idea era contar con una superficie suave sobre la cual la cuerda pudiera correr libremente y, al mismo tiempo, evitar que la misma cuerda rompiera el hielo bajo el trineo y nos llevara a todos hacia la hendidura.

De ahí en adelante, lo que ocurriera dependía de Oscar y de su equipo. Extremando las precauciones, invertimos la dirección de los perros y del trineo y soltamos el freno. Oscar sabía lo que esperábamos de él en ese momento. Volvió la gran cabeza y me dirigió una mirada de entendimiento.

-¡Mush, Oscar! -grité-, y el perro guía se lanzó hacia delante con toda su gran fuerza; los demás perros siguieron el ejemplo. Todos estábamos tensos por el temor, conscientes de que un movimiento en la dirección equivocada podía significar el final.

Fue como si sacáramos el corcho de una botella de champaña; incluso pudimos escuchar el ¡plop! cuando vimos a Bob aparecer de repente por la boca del agujero, arrastrado nada ceremoniosamente por Oscar y su equipo.

Si consideramos que sólo tenían seis meses cuando comenzó la temporada de los viajes en trineo, los perros jóvenes lo estaban haciendo muy bien, y, gradualmente, pude infiltrar alguna disciplina en las rebeldes cabezas. Todo el pequeño equipo venía de una de las camadas de Óscar: Nel, la única hembra; Nils, un perro joven, fuerte y robusto; Peter, de constitución más esbelta, pero que sin duda era el más consistente y trabajador de todos; y Phil, un gran payaso, siempre con la sonrisa en la cara. Oscar también mantenía la disciplina entre su pequeña familia; ya fuera durante el trabajo o en el campamento, no aceptaba tonterías por parte de los cachorros.

Amorosos, amigables, afectuosos, sí. Pero, al principio, ¡cuán desamparados se veían enredados en los tirantes y cómo pusieron a prueba mi paciencia y mi resistencia! Yo corría, me subía al trineo por un momento, volvía a correr, me detenía, desenredaba los tirantes, hacía esfuerzos para separar a los perros deseosos de lamerme la cara después de recibir una tunda; podía maldecir, gritar, dar palmadas, hacer sonar el látigo, dar algún puntapié ocasional en los cuartos traseros y llegar casi al llanto. Luego, al grito de ¡mush, mush!, volvíamos a empezar, las cabezas hacia abajo, el rabo enrollado sobre el lomo, los tirantes tensos, la formación perfecta y el paso regular, mientras yo me sentaba exhausto en el trineo, con el sudor corriéndome por los ojos y la barba, tratando de encontrar la pipa y el tabaco con dedos temblorosos.

Aparte del entrenamiento, los perros no ofrecían mayores problemas. Mientras tuvieran comida eran felices, sin importarles si el clima era bueno o malo. Cuando íbamos de viaje, el consumo de alimento se reducía a dos kilos diarios de carne de foca, o a menos de un kilo de un pemmican especial para perros. Con eso, estaban en posibilidad de viajar todo el día tirando de un trineo totalmente cargado, a un promedio de diez kilómetros por hora. Si el

clima era favorable, sobre hielo firme y con carga ligera, el equipo podía alcanzar con facilidad una velocidad de dieciséis kilómetros por hora.

Cuando el clima era benigno en Davis, atábamos a los perros a una cadena sujeta en cada extremo a un tambor de metal hundido en el suelo y lleno de piedras. De esta manera, debidamente espaciados, se movían con libertad sin poder alcanzarse e iniciar una pelea. Pero cuando el clima empeoraba, le poníamos a cada perro una caja de madera para que se refugiara; sin embargo, las ventiscas no solían preocuparles demasiado, y usaban las cajas para guardar la carne o para apoyar las patas delanteras. Mientras pudieran hacer un hueco en la nieve, ahí se mantenían calientes y felices.

Después de algún tiempo Bruce se nos unió y comenzamos un programa inicial de exploración. Con él como contrapeso y aplicando el freno en caso necesario, pude concentrarme en el adiestramiento de los perros jóvenes para que trabajaran en conjunto. Intenté varias combinaciones, pero al final adopté una especie de sistema de abanico alargado en el que los tres primeros perros se extendían por el frente y los otros iban detrás en parejas. El tirante de Oscar era el más largo; después iban Nils y Nel ligeramente atrás y, por último, Peter y Phil uno junto al otro.

En una semana hicimos maravillas. Desarrollamos disciplina, fuerza y velocidad, mientras Oscar respondía por igual al látigo y a la voz. Durante los primeros días de abril, y sólo para familiarizarnos con el territorio, anduvimos ochenta kilómetros de viajes locales de reconocimiento. Prospectamos el camino tierra adentro hasta un fiordo en forma de gancho que corría a lo largo del glaciar Sorsdal, en el extremo suroeste de la masa de tierra formada por los montes Vestfold. Con nuestro equipo, cada día más competente, viajamos a lo largo y ancho del territorio, a través de islas, playas, bahías y fiordos, realizando investigaciones biológicas y geológicas y verificando mapas. Estábamos listos para nuestra primera jornada importante.

Capítulo 7

Los confines de la Tierra

Nos acercábamos a la época final del otoño, y el invierno antártico estaba a punto de poner su garra helada sobre el gran continente de hielo. Una vez que terminé mi turno semanal como el cocinero del equipo, Bruce y yo salimos a nuestro primer viaje nocturno en trineo para establecer un almacén de alimentos y combustible en la costa de la estribación nororiental de los montes Vestfold. Esperábamos terminar nuestra misión en tres días, pero íbamos preparados para estar más tiempo en caso de que el clima y las condiciones del hielo fueran adversas. Salimos de Davis el quince de abril, en lo que fue el primer viaje para instalar un almacén.

El trineo era un Nansen de tres metros y medio de longitud, hecho en Noruega con madera de nogal americano. Los patines estaban recubiertos de plástico y todas las uniones habían sido atadas con cuero sin curtir, para darle flexibilidad. El conductor, que iba de pie en una plataforma posterior detrás de los asideros laterales, podía operar un freno que consistía en un largo diente que se clavaba en el hielo; este sistema era muy eficiente. El trineo tenía tres cajas ligeras para las provisiones, mientras que la tienda de campaña, el hacha, la pala, los postes marcadores y otros artefactos iban atados con cuerdas.

En medio de los aullidos múltiples y acostumbrados les pusimos los arneses a los perros, luego hice restallar el látigo y salimos a toda velocidad, a pesar de ir sumamente cargados. En un tiempo muy corto rebasamos el último punto alcanzado durante los viajes de entrenamiento y nos dirigimos hacia el mar, rodeando la parte más lejana de las islas costeras.

La brisa matinal se había calmado y eso nos permitía llevar el estuche donde estaban los mapas abierto sobre la carga.

Llegamos a un "territorio de lápidas", donde el hielo del mar había sido forzado hacia la costa por una gran presión ejercida sobre las aguas poco profundas. El hielo había sido empujado hacia arriba hasta formar masas desiguales de la altura de un ser humano, de modo que el terreno era muy difícil de cruzar.

Sin embargo, había unos canales angostos y accidentados entre los hielos, y por ahí dirigimos a los perros; Oscar iba abriendo el camino con mucha cautela. Avanzamos unos cuantos kilómetros y nos detuvimos frente a un espectáculo imponente. Cientos de icebergs con las formas más caprichosas nos cerraban el paso. Se habían movido tierra adentro durante el verano y se extendían, en una línea casi ininterrumpida, desde la costa hasta el mar abierto. El panorama era desalentador; pero entonces descubrimos que los icebergs se hacían un poco menos abundantes conforme se adentraban al mar. El hielo era muy joven aún, y a los lados de las grietas de marea, en la base de los enormes bloques de hielo, podía verse el agua.

Dirigimos al equipo por medio de una estrecha abertura hacia el mar y un momento después estábamos en un mundo diferente y espectral de gigantes silenciosos; los guardianes de los terraplenes costeros de hielo. La quietud era ominosa y hasta los perros parecían sentir temor ante las torres de hielo que nos rodeaban por todas partes. Aquí fue donde Oscar se adueñó de la situación. Movía la cabeza de un lado a otro, descartando los callejones sin salida que remataban contra paredes azules de hielo. El instinto lo hizo aventurarse por pasajes tan estrechos que apenas permitían el paso del trineo. Nos escurrimos entre un iceberg, de unos ochenta metros de altura, dividido por el centro y con dos pináculos del tamaño de una catedral, los cuales apuntaban al cielo como dedos acusadores.

El paisaje era aterrador. Yo sabía que esos pináculos podían caerse en cualquier momento y pulverizar todo lo que estuviera abajo. Sin embargo, los pasajes se fueron ampliando gradualmente y salimos al otro lado. Al mirar hacia atrás vimos una pared de hielo, aparentemente impenetrable, bella pero aterradora en su mezcla de luces y sombras. Todavía nos encontrábamos sobre el "hielo negro", un hielo tan delgado que nos dejaba ver la negrura de las aguas que corrían debajo de él; pero esta vez nos dirigíamos de regreso a la costa. A lo lejos podía verse la parte nordeste de los montes Vestfold, nuestro punto de destino, donde los últimos vestigios de esa enorme área rocosa eran tragados por la plataforma continental de hielo. En muy poco tiempo, esa capa de hielo y sus nunataks, o cabezas de montaña, aparecieron frente a nuestros ojos, bloqueadas por una isla de buen tamaño montada sobre el fondo del fiordo. El sol ya se ponía y tuvimos la suerte de nuestro lado: la parte abrigada de la isla nos ofrecía un lugar ideal para acampar, una depresión entre dos puntos altos y una amplia pendiente cubierta de nieve que nos llevaba hasta allá.

Los perros advertían que se acercaba el final de un largo día de trabajo. Enrollaron los rabos sobre los lomos y, con un último impulso, cruzamos una grieta de marea poco escarpada y llena de agua. Mientras Bruce descargaba el trineo y llevaba las provisiones hasta el lugar escogido para acampar, yo les quité los arneses a los perros y los até a la línea. Luego, éstos recibieron su ración de pemmican y muy pronto estaban acurrucados en la nieve formando bolas de pelo.

Después de que instalamos la tienda de campaña, la inmensa oscuridad cubrió toda aquella zona de hielo. Como luciérnagas temblorosas, cuatro petreles de las nieves revolotearon sobre las rocas, poniendo el único toque de movimiento en la impresionante quietud del paisaje. Acurrucados en nuestros sacos de dormir, abrigados y con el cansancio de la jornada encima, llegamos al momento de las reminiscencias y nos contamos historias de nuestro pasado.

Los días subsecuentes exploramos el terreno, colectamos diversas muestras y establecimos un depósito que cubrimos con piedras e instalamos una vara de bambú que izaba un banderín rojo en la punta. Nuestro último trabajo pesado fue hacer un promontorio que instalamos en la parte más alta de la isla, para que sirviera como un punto de referencia fijo. Mientras el último día de nuestra expedición culminaba con una gama de colores encendidos hacia el occidente, di sus alimentos a los perros y me retiré a descansar a la tienda de campaña. Nos dormimos con el parloteo incesante de nuestros pequeños vecinos: los paños que anidaban bajo las peñas cercanas.

Después de este viaje, regresamos por un breve lapso a la vida de campamento en Davis. Todos teníamos mucho que hacer con las tareas cotidianas, los horarios de la estación de radio y las observaciones climatológicas. En el proceso de preparación para el siguiente viaje, me dediqué a arreglar arneses, tirantes, el trineo y el equipo para acampar.

El veintiuno de abril circunnavegamos de nuevo las islas exteriores para hacer un recuento de la fauna. Durante el viaje, vimos cientos de elefantes marinos que iban en dirección del mar abierto. En una pequeña área contamos noventa y ocho; algunos se arrastraban trabajosamente, mientras que otros descansaban sobre el hielo. Cruzamos hacia la isla Magnetic y encontramos un respiradero de foca en el que pudimos ver la única foca Weddell de todo ese viaje. Era una vista demasiado incongruente; la foca sacaba la cabeza de imprevisto por el agujero y miraba acercarse a los perros, sin un parpadeo de los ojos redondos como platos. Quizá estaba segura de que no llevábamos arpones, porque no fue sino hasta que vio las fauces de Oscar cuando desapareció con una desdeñosa zambullida.

La tarde del primero de mayo llegó a Davis el primero de tres vuelos del Beaver procedente de Mawson, en el que venían como visitantes el piloto, el operador de radio, el topógrafo y Wombat, un perro adicional. Enganchamos al animal con el resto del equipo y resultó ser un fracaso, aunque me habían asegurado que tiraba bien del trineo. Efectivamente tiraba, pero al revés. Esto fue demasiado para el joven Nils, quien atacó a Wombat, dándole una paliza ayudado con entusiasmo por Phil y Peter antes de que yo pudiera intervenir y separarlos. Una vez restablecido el orden seguimos nuestro camino, pero Wombat todavía tiraba con fuerza en sentido contrario.

Terminé atándolo a la parte trasera del trineo, donde trotó con mucha alegría y descuido. Este suceso me causó una gran decepción, porque me quedaba muy poco tiempo para entrenarlo antes de nuestro próximo viaje, que sería mucho más largo. Por tanto, pedí que me enviaran al viejo y valiente Horace, que llegó en el vuelo siguiente. Se veía muy sano y dispuesto, a pesar de que no había tenido trabajo desde su regreso del viaje al Sur la temporada anterior en Mawson. A diferencia de lo que hacía Wombat, pronto asimiló el trabajo que debía ejecutar y tiraba en la posición acostumbrada y correcta: hacia el frente del trineo. Ya teníamos un buen equipo de seis perros y, en caso de emergencia, contábamos con Wombat.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que empezaran los problemas. Continuando con nuestro trabajo de prospección, hice un viaje de reconocimiento en el Beaver. Cuando descendimos en el mar congelado frente al campamento, Bill, uno de los visitantes, corrió a nuestro encuentro.

-¡Oscar y Horace se pelearon! -gritó-. Horace se soltó las ataduras y atacó a Oscar. Hicieron una buena zacapela antes de que pudiéramos separarlos. Parece que Horace quiere el liderato del equipo.

-¿Se lastimaron mucho? -pregunté.

-Horace está lleno de sangre alrededor de la cabeza, pero creo que es de Oscar. Horace lo prendió de una oreja y parece que le arrancó la mitad -contestó Bill.

-Bueno -comenté-, esto quiere decir que tendremos problemas en el próximo viaje, a no ser que se arreglen antes de que salgamos. Si vuelven a pelearse, déjenlos que terminen.

Los otros perros estaban muy inquietos y brincaban en el extremo de su cadena. Ya habían olfateado una batalla por la supremacía y se les despertó la avidez de sangre. Oscar sacudía la cabeza, mirando a Horace, el cual, lleno de confianza después del primer encuentro, se paró sobre las patas posteriores gruñendo en actitud desafiante. Wombat, atado hasta el final de la línea para su seguridad, se había retirado hasta donde se lo permitía la cadena, tratando de pasar lo más inadvertido posible. Ninguno de los otros perros perdía una sola oportunidad para morder o derribar al pobre Wombat.

-Yo apuesto a que ganará Horace -dijo Bill-. Estos perros de Mawson son superiores a tus perros de Davis.

-¡No digas tonterías! -contesté acalorado y molesto-. Oscar le arrancará todo el pellejo. Es una lástima que Horace sea tan tonto como para desafiar al líder. Espera y verás. Pero no habrá tranquilidad en el grupo mientras esto no quede arreglado de una forma u otra. Recogimos el equipo y nos fuimos a comer.

Estábamos lavando los utensilios de la comida cuando nos interrumpió la batahola que venía de las líneas de los perros. Bill se asomó por la ventana.

-¡Ya empezó! -gritó, y salimos corriendo. Los platos quedaron flotando en el agua sucia.

Esta vez, tanto Oscar como Horace se habían soltado de la cadena al mismo tiempo y se trenzaban en combate en la suave pendiente nevada que yacía más abajo de las líneas.

-¡Déjenlos que se peleen! -grité cuando algunos de los hombres corrieron a tratar de separarlos. Yo llevaba el látigo en la mano y estaba listo para someter al ganador antes de que matara a su adversario.

-Ahora, observen con atención el trabajo que hace un experto -añadí, señalando a Oscar.

Observamos los movimientos preliminares, el pavoneo con las patas tensas, los gruñidos, los colmillos desnudos. Los dos perros eran adultos y avezados en las peleas; pesaban alrededor de sesenta kilos cada uno. Oscar era de buena alzada y esbelto, Horace era de pecho muy ancho, robusto y muy fuerte. Tenía el hocico corto, casi como el de un oso, y una especie de melena alrededor del cuello. Oscar parecía uno de sus lobunos ancestros cuando peleaba: los músculos tensos, los pelos erizados a lo largo del lomo. La oreja herida estaba aplanada contra la cabeza y los ojos, oblicuos, inyectados de sangre por la furia.

Los dos perros se acometieron en falso varias veces. Por fin, Horace avanzó agachado, tratando de alcanzar la oreja herida. Oscar saltó a un lado, girando en el aire; con la velocidad de un rayo, le hizo un gran corte en la punta de la espalda a Horace. Este, gruñendo con rabia, se lanzó de nuevo a la carga, pero esta vez Oscar no se movió. Se agachó esperándolo.

-¡Esta es! -advertí.

Los colmillos de Oscar se cerraron con fuerza sobre el pecho de Horace y ambos perros se elevaron mientras Oscar lanzaba a su adversario hacia atrás. En condiciones normales, este hecho hubiera determinado al ganador de la pelea. Sin embargo, Horace era un perro muy fuerte y permitió que lo derribaran pero al mismo tiempo dio una voltereta hacia atrás. Oscar lo soltó, dejándole un tajo sangrante en el pecho. Jadeando, los dos huskies comenzaron de nuevo a caminar en círculo sin dejar de gruñir, esperando demostrar quién tenía el poder.

-Segunda vuelta -dijo Bill-. Sepáralos, Nils, se matarán.

-No -contesté-. No te preocupes, no voy a permitir que Horace muera.

Una y otra vez, Horace atacó, sufriendo heridas de parte de Oscar, el cual era obvio que estaba reservando sus fuerzas para el golpe final. También él había recibido varias dentelladas y empujones. Los demás perros estaban muy excitados; el olor de la sangre fresca los volvía locos. Más de una vez me había tocado ver peleas a muerte en las que, tan pronto como uno de los perros era derribado, la jauría se lanzaba sobre él y lo despedazaba.

Horace empezaba a cansarse. Sus embestidas eran menos frecuentes y con más medida. Los perros se encontraron en uno de los ataques y, como osos, pelearon alzados sobre las patas traseras, cada uno mordiendo la oreja del otro. La nieve alrededor parecía un campo labrado, un campo blanco teñido de sangre. Luego, como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos perros se soltaron y volvieron a caminar en círculo.

-Tercera vuelta -musitó Bill.

Reanudaron las acometidas en falso, hasta que Oscar esperó la embestida final agachado en el piso. Con un rugido de furia, hundió los colmillos en el cuello de Horace, se alzó sobre las patas traseras y con un hábil giro lo lanzó de espalda al suelo, indefenso. Oscar desgarró la barriga de Horace con crueles dentelladas. Era el amo absoluto.

Ése fue el final de la batalla. Horace se defendía débilmente y los gruñidos de desafío se convirtieron en gemidos. Antes de que el orgullo del valiente Horace se extinguiera, hice sonar el látigo sobre Oscar y cada perro fue sujetado por los hombres y devuelto a su lugar en la línea.

El victorioso y el vencido se lamían las heridas mientras los demás canes se calmaban. Los que estaban a los lados de Oscar trataban de alcanzarlo para rendirle homenaje, pero el viejo líder no estaba de humor para frivolidades. Un gruñido fue suficiente para que se retiraran.

Oscar se había convertido en el rey de los huskies. Ningún perro volvería a desafiar su supremacía.

8

Los riscos Walkabout

Dos días después volvió a visitarnos el Beaver, esta vez con dos físicos a bordo. Las ventiscas en Mawson demoraron su regreso a casa, y creímos que Dave Gallow, quien estaba a cargo del programa de auroras, podía ayudarnos a verificar el funcionamiento de nuestra cámara especial. Los días siguientes dedicamos la mayor parte del tiempo a ejercitar a los perros, a crear puntos de referencia topográfica a todo lo largo de la costa y a prepararnos para un viaje que sería más prolongado al extremo nororiental de los montes Vestfold. Aun con el depósito que habíamos instalado ya, nuestra carga sería de casi cuatrocientos kilos, pero con la adición del viejo Horace al equipo y la superficie de hielo en mejores condiciones, teníamos la confianza de que cada perro podría arrastrar unos setenta kilogramos. La noche anterior a la salida cargamos el trineo y dimos a los canes una comida abundante de carne fresca de foca.

Después de desayunar muy temprano y colocarles los arneses a los perros, salimos siguiendo la costa hacia el norte. Era agradable volver a estar en camino; tanto lo era, que Bruce me sonrió mientras corríamos a los lados del trineo. Pronto nos sumergimos de nuevo en el enorme campo de icebergs, pero esta vez tomamos la ruta interior. Viajando sobre un hielo liso de color azulado nos dirigimos a la isla Depot, donde podíamos ver la banderola roja que ondeaba sobre el almacén con nuestra reserva de comida y combustible.

Morris, uno de los hombres de Mawson, nos acompañaba a Bruce y a mí en este viaje. Respiraba con mucha dificultad.

- ¡Nunca pensé que conducir perros pudiera ser tan agotador! -exclamó, dejándose caer sobre el trineo.

Llegamos a nuestro campamento en un tiempo récord y aprovechamos gran parte de la tarde para preparar nuestro trabajo nocturno de establecer la posición por medio de las estrellas. Mientras instalábamos la tienda de campaña, Morris desempacó el equipo de prospección y ajustó el teodolito y el cronómetro. Alrededor de las nueve de la noche había terminado su trabajo y, más tarde, después de una comida abundante, caímos rendidos en nuestros sacos de dormir. Afuera, los perros estaban hechos ovillo en medio de una fuerte nevada.

Mientras Morris se pasó todo el día en el campamento, tratando de obtener una señal horaria para ajustar el cronómetro, Bruce y yo caminamos en busca de una posible ruta a través de la entrada al fiordo Tryne, bloqueada por el hielo. Como siempre, Bruce llevaba el martillo de geólogo y una bolsa para muestras. Luego de una caminata de veinte kilómetros se nos presentó el maravilloso paisaje de nuestro campamento, donde Morris nos esperaba con bebidas calientes y la comida lista.

Al día siguiente saldríamos a recorrer el área que estaba más al norte, con la esperanza de encontrar las marcas de referencia del explorador sir George Hubert Wilkins. Bruce llevaba toda la información disponible en su estuche para mapas, y la estudiamos esa noche saboreando una taza de café negro. Saldríamos muy temprano, porque el viaje redondo sería de unos veinticinco kilómetros sobre un hielo muy accidentado, y necesitaríamos también tiempo para buscar las referencias. Mediados de mayo ya no era buena época para viajar, porque la luz diurna duraba menos de cinco horas, y ese tiempo se acortaba más cada día.

Desayunamos en la oscuridad y salimos en el gris amanecer de la Antártida con una carga ligera en el trineo. Conforme aumentaba la luz, los icebergs nos servían de guía en nuestro camino hacia el nordeste. Una senda tortuosa nos llevó hasta el gran fiordo helado y los tres viajamos en el trineo durante un rato. Encontramos áreas donde el hielo se había derretido y vuelto a congelar, dejando pequeños témpanos afilados por todas partes. Una y otra vez, los tirantes de los perros se enganchaban en las puntas, de modo que tuve que correr con ellos para mantenerlos libres. El trineo se volcó varias veces durante el viaje, pero al fin nos vimos libres, y delante de nosotros apareció un gigantesco risco oscuro con la cima iluminada por la luz del amanecer.

Cerca del mediodía, llegamos al pie del promontorio y clavamos estacas en el hielo con el fin de atar a los perros. Los pliegues de basalto negro corrían desde la cima hasta la base del gran farallón, y hacia la izquierda se veían otros riscos menores. Era necesario investigar todo.

-Creo que será mejor que nos separemos -propuso Bruce. Él y Morris comenzaron a escalar el pico principal, mientras que yo opté por el de la izquierda. Me esforzaba con pies y manos cerca de la cima cuando un grito de júbilo lanzado por Morris me distrajo y aterricé sobre un montón de nieve al pie del risco. Él y Bruce bailaban una especie de danza india en lo alto de la otra colina, y una pequeña banderola ondeaba en la mano de Morris. Habían encontrado los registros. Olvidándome de los rasponazos, escalé por la pared de piedra hasta reunirme con ellos.

Minutos antes, mientras Bruce se ocupaba en tomar muestras de una gran formación rocosa, Morris husmeaba en los alrededores y encontró una pequeña hendidura bajo la roca. Metió la mano y sacó un sobre común de papel amarillo atado con un cordel. El sobre contenía un cilindro esmaltado con una declaración escrita por sir George Hubert Wilkins el once de enero de 1939, donde reclamaba esas tierras para el rey. Junto con los registros, había una pequeña bandera de Australia y un número de la revista geográfica australiana Walkabout, con fecha del primero de octubre de 1938.

Con reverencia, inspeccionamos el contenido del sobre. Estábamos viendo un fragmento de la historia, prueba de que hombres visionarios y emprendedores habían

reclamado esa gran porción del helado continente la cual, desde entonces, quedó establecida como el Territorio Australiano de la Antártida. Bruce escribió una nota declarando que nosotros, como representantes de la Expedición Nacional Australiana para la Investigación de la Antártida, con base en el Campamento Davis, habíamos encontrado los registros el día diez de mayo de 1957, y terminó poniendo nuestros nombres en ella. Volvió a sellar el paquete y lo dejó ahí mismo.

Exactamente veinte años después, me llamaron de la División Antártica para pedirme que proporcionara algunos datos que ayudaran a los hombres de Davis a encontrar los documentos. Les envié un mapa y mi diario con una descripción de la ruta y de la colina; en la actualidad, para deleite mío, todos esos objetos están guardados como documentos históricos en Canberra. Los hombres que encontraron los registros, envueltos todavía en ese viejo número de la revista Walkabout, bautizaron los riscos circundantes con el nombre de Walkabout Rocks.

9

La larga noche

El veintisiete de mayo, el reluciente disco solar apareció brevemente, por última vez, sobre el campamento Davis; durante muchos meses tendríamos que caminar en la oscuridad. El invierno era la peor época del año en la Antártida. Siempre oscuro, siempre de noche y con tormentas frecuentes. Además, el frío se volvía insoportable; a menudo, la temperatura en el área costera descendía a sesenta grados bajo cero. Tierra adentro, en la capa de hielo, era mucho más frío; no podía existir ninguna forma de vida.

El sol desapareció de nuestra vista hasta el dieciséis de julio y recibíamos una hora escasa de luz crepuscular hacia el mediodía. El resto del tiempo estaba completamente oscuro.

Con la llegada de la larga noche, la nieve comenzó a acumularse en los alrededores del campamento. Con palas, teníamos que retirar la que se amontonaba a barlovento de los albergues hasta llegar casi a los techos. Tuvimos una tormenta inclemente y, a partir de entonces, entrábamos y salíamos del albergue comunitario a través de un túnel. Sólo teníamos que abrir la puerta y entrar en una oscura caverna excavada en la sólida y blanca pared de nieve. Poco a poco la cueva se hizo más grande, hasta proporcionar un espacio suficiente de almacenamiento y una fuente de agua para beber y cocinar.

Todos los días, tan pronto como la oscuridad daba paso al sombrío crepúsculo, me ponía el abrigo, me calzaba las botas esquimales y caminaba por la pendiente de nieve endurecida hasta las líneas de los perros.

Nel y Oscar eran los primeros en recibirme con aullidos de entusiasmo, seguidos por el resto de la jauría. Podía reconocer las "voces" de cada uno, y sonreía para mis adentros al oír el tono profundo de Oscar sobre los aullidos agudos de Nel y los más jóvenes. Excepto por Wombat, que vivía aterrorizado sin querer llamar la atención, los demás corrían en círculo, se alzaban sobre las patas traseras, movían las delanteras en el aire y mantenían un alboroto incesante, mientras yo llevaba a rastras una foca muerta. La batahola crecía aún más cuando empezaba a cortar grandes trozos y a lanzarlos a cada perro; cuando el último can recibía su parte se hacía un silencio total, interrumpido tan sólo por el crujido de los huesos y la carne congelada.

Yo podía caminar entre los perros dándoles una que otra palmada, pero ellos no dejaban de gruñir y comer. Sólo Phil, un perro enorme, se levantaba sobre las patas traseras para lamerme la cara. Siempre tenía hambre y buscaba un pedazo extra de comida, deshaciéndose en expresiones de agradecimiento y esperando que me quedara a jugar un rato

con él. Con frecuencia soltaba a Nel para que corriera, con la confianza de que su naturaleza obediente no la haría ir muy lejos o lastimarse.

Corría arriba y abajo con verdadero deleite, flirteaba con los perros e investigaba todo el campamento.

Pero durante horas que parecían eternas en ese invierno interminable, permanecíamos en el albergue respirando el aire rancio y esperando el regreso de la luz solar, sin poder hacer nada para romper la tediosa monotonía. Las actividades se reducían a tareas rutinarias como cocinar; cada uno tenía un turno que duraba una semana, a partir de la comida del domingo y hasta la cena del sábado siguiente.

Era difícil decir quién era el mejor cocinero, porque cada uno tenía un punto de vista personal al respecto y a cada quien le gustaba algo diferente. En cuanto llegaba la semana de Bob, nos agasajábamos con pasteles de Cornualles. Bob tomaba muy en serio su elaboración, y nadie se atrevía a competir con él. Alan, en cambio, era bueno para cocinar empanadas rellenas, guisados y bocadillos colosales, con ingredientes que al parecer provenían de todos los paquetes que había en la despensa. Bruce se especializaba en preparar macarrones, mientras que yo solía servir filetes de carne de foca e hígado de foca marinado.

Bill, a su vez, profesaba una verdadera pasión por las cosas dulces y durante su turno en la cocina teníamos la impresión de que todo lo que sabía hacer eran helados. Un día, mediado el invierno, hizo una cantidad enorme y, como siempre, lo dejó fuera para que se congelara. Nel lo encontró. Nos entretuvimos viendo por las ventanas a un cocinero enfurecido que corría torpemente en la nieve profunda en un vano intento por alcanzar a la perra, en cuya boca ondeaba la toalla con la que Bill cubría el recipiente. Los rastros del helado en el hocico de Nel causaban aún más enojo en el cocinero. Por fin, éste admitió la derrota y regresó al albergue, lanzándome una mirada ominosa.

-¡Tú y tus malditos perros! -gritó furioso-. ¡Nunca volveré a preparar helado!

Cuando nos cansábamos de escuchar discos o la radio de onda corta, nos poníamos a leer. Los libros más populares eran los que trataban sobre el Ártico y la Antártida; disfrutábamos del trabajo realizado por los exploradores de esta última, como Shackleton, Amundsen, Scott, Nansen y Mawson. También teníamos un juego de ajedrez, scrabble y baraja. Pero cada vez nos costaba más pasar las largas noches, que parecían alargarse más que acortarse.

Los perros hacían muy poco ejercicio durante la mitad del invierno y aumentaban de peso en forma considerable. Los cachorros crecieron rápido hasta convertirse en unos perros grandes, de pecho ancho y músculos desarrollados; y todos estaban en forma. Los arneses resultaban pequeños para todos ellos y tuve que hacer unos nuevos. Por fin, el ocho de julio, el día amaneció agradable, despejado y con una temperatura de cuarenta grados bajo cero. El equipo estaba listo al amanecer, cerca de las nueve y media, y yo tenía frente a mí a un grupo de huskies que aullaban y saltaban ansiosos por partir. Incluso Oscar había perdido el decoro y estaba parado sobre las patas traseras, loco de entusiasmo.

Solté amarras, grité "¡mush!" y subí al trineo. Desde el primer instante los perros salieron a gran velocidad y en perfecta formación. El trineo se deslizó por la nevada ladera hasta llegar al mar y pasó a la capa de hielo a la velocidad de un tren expreso.

Ya sobre el mar congelado los perros siguieron corriendo a gran velocidad y yo sentía una alegría casi salvaje por la sensación de libertad que experimentaba. Por un instante me olvidé del largo invierno, de la penumbra y del aire enrarecido de los albergues. Sentí como si volviera a la vida y los perros parecían compartir la sensación, después de tanto tiempo encadenados en la oscuridad de la noche polar. Nos dirigimos hacia la isla Mule, un pequeño recorrido al sudoeste de Davis. El día era hermoso, el aire era cristalino y el sol proyectaba unas fantásticas tonalidades de rojo y anaranjado en el horizonte. En un pequeño islote al

noroeste de la isla Mule me sorprendió ver veintiún enormes elefantes marinos; por vez primera había una prueba fehaciente de que estos animales pasan el invierno en la Antártida.

Después de cinco dorados días sin que tuviéramos que preocuparnos de nada, el clima volvió a cerrarse. Presos de nuevo en los albergues, el tema de conversación se centró en los perros: sus caracteres y cualidades individuales y, en particular, en si tenían la capacidad para pensar. Yo creía que sí podían, o por lo menos nuestros huskies, y que podían planear a futuro, en especial Oscar. Y esa semana lo comprobé.

En el campamento teníamos una cadena larga y muy fuerte, con otras más cortas a las que se enganchaban los collares de los perros. Eran cadenas de las que se usan para las caballerías, una precaución de absoluta necesidad para poder contener la fuerza notable y combinada de una jauría de huskies excitados. Sin embargo, una tarde, Oscar se soltó. El perro pasó un rato maravilloso ajustando cuentas pendientes, comiéndose todo lo que veía a su paso y correteando por todo el campamento. Pensé que se había soltado por accidente y, después de sujetarlo de nuevo, revisé el gancho, que estaba bien.

Al día siguiente, Oscar volvió a soltarse. Esa semana lo hizo cuatro veces, algo más que una simple coincidencia, y mientras tanto yo tenía que aguantar comentarios más o menos burlones sobre si los perros eran más inteligentes que yo. Aguijoneado por la curiosidad, decidí vigilar. Mientras duraba la luz diurna, me escondía fuera de la vista de los perros, observando las líneas.

Oscar escogió un momento en el que todo estaba tranquilo y entonces, para mi asombro, comenzó a dar vueltas en el mismo punto, torciendo la cadena hasta dejarla del largo de un dedo pulgar. El resto fue fácil. Con un tirón enérgico, usando su gran fuerza, abrió el broche. Ésa era la prueba que yo necesitaba. Oscar podía pensar.

Las tormentas aullaban a lo largo de todo el campamento y los vientos polares depositaban la nieve en cada grieta y hendidura, dejándola compacta como hormigón. Una vez más, tuvimos que esperar. Pero en los cortos períodos de calma era posible sentir una nueva luminosidad, una vaga promesa de que la noche estaba llegando a su fin.

10

La vida regresa

Tal como lo había calculado, a mediados de septiembre se nos acabó la reserva de carne de foca. De ahí en adelante dependíamos de lo que pudiéramos cazar entre los icebergs con la ayuda del equipo de perros. La primera presa de la temporada fue un enorme macho adulto de foca Weddell, cuyo transporte al trineo requirió de toda la fuerza de tres hombres. Los perros, por su parte, también trabajaron duro para llevarlo a casa.

Llegó el mes de octubre y yo aprovechaba los días de claridad para ir de cacería. Aún había algunos días con nevadas y vientos muy fuertes, que nos recordaban que el verano se encontraba lejos todavía, pero también había señales frecuentes de que estaba llegando la primavera. Solos, en pareja, en grupos y hasta en regimientos, los pájaros bobos (mal llamados pingüinos) de Adelia marchaban a través de las grandes llanuras de hielo. Con una terrible urgencia e impulsados por una fuerza instintiva y avasalladora, las pequeñas aves negras de pecho blanco corrían hacia la costa para engendrar y criar a sus pequeños durante el poco tiempo que duraban la primavera y el verano antárticos. Algunas veces se contoneaban muy derechos en un cómico andar como de marinero borracho, mientras que otras, se deslizaban sobre el pecho empujándose con las patas en busca de sus viejos lugares para anidar, en la isla o en la costa.

Con el trineo, yo acostumbraba viajar a las islas exteriores entre pequeños ejércitos de pájaros bobos diseminados aquí y allá. Los perros jóvenes se excitaban mucho al verlos, especialmente Nel, que no podía pasar junto a uno sin hacer el intento de capturarlo. Oscar

sabía que atacar a un pájaro bobo errante mientras trabajaba en el trineo significaba un castigo inmediato, y era suficiente con gritarle una orden cada vez que alguno de los perros no podía refrenar su instinto de matar. Si Nel se desviaba a la izquierda para atrapar a uno, Oscar simplemente esperaba hasta que el tirante de su compañera estuviera tenso y le daba un tirón repentino hacia la derecha. Nel volaba por el aire, y un gruñido del líder volvía a ponerla en la línea.

Los pájaros bobos habían llegado en témpanos que se movían a libremente mar adentro, lejos de la costa antártica. Todos los años sucedía lo mismo; las aves regresaban por instinto al mismo nido y, si era posible, con la misma pareja. Los observábamos durante horas, fascinados por sus cómicos movimientos y la devoción por su pareja. Eran como hombrecillos orgullosos que se contoneaban entre las rocas con la espalda recta y el pecho expandido.

Primero construían un cómodo nido; un círculo perfecto de pequeños cantos o guijarros. Se les veía correr por aquí y por allá en los terrenos de la colonia, tomando con el pico piedrecillas del tamaño de una nuez y transportándolas cuidadosamente hasta su nido. Cada piedra era examinada por la pareja, quien la aceptaba y la colocaba entonces en la colección, o simplemente la rechazaba. Había muchos robos por parte de los más emprendedores: tan pronto como uno de los pájaros bobos se daba vuelta, otro iba corriendo a robarle una piedra. La mayoría de las veces sucedía esto porque el pájaro "robado" estaba haciendo lo mismo con el nido del "ladrón".

El cortejo amoroso era todo un ritual y se llevaba a cabo a la luz del día entre las rocas y la nieve. A pesar de ser miles, todos estaban repartidos en parejas, macho y hembra, y emitían un graznido muy peculiar. Se tocaban con los picos, como si se besaran, y los llamados se escuchaban por toda la costa, rebotando desde los riscos hasta las islas.

Eran aves muy valientes; protegían los huevos contra los ataques de los saqueadores y de otros pájaros bobos. Si me acercaba demasiado a los nidos, me atacaban sin contemplaciones. Tanto los machos como las hembras se turnaban en la tarea de empollar sus huevecillos, y durante el período de incubación, que duraba alrededor de treinta días, nunca dejaban el nido sin vigilancia. Lo normal era que la hembra pusiera dos huevos; la excepción era que fuese sólo uno.

Para hacer una revisión completa de las colonias de pájaros bobos, recorrí las islas costeras hasta el glaciar Sorsdal, donde me encontré con la estribación más meridional de los montes Vestfold. Algunos de los pájaros bobos ya ocupaban sus viejos nidos mientras que otros llegaban con las olas; emergían del mar en un arco hasta tocar tierra sobre las dos patas.

Por fortuna, regresé a Davis antes de que el clima volviera a empeorar. Las oscuras nubes se acercaban amenazadoras mientras que el barómetro registraba ya un ominoso descenso y el viento aumentaba en forma gradual hasta adquirir la fuerza de un huracán. En pocos minutos, tierra y hielo fueron arrastrados en cegadores y pesados remolinos, formando una barrera colosal. Ésta era una ventisca típica de la primavera. Aunque pasaron tres días, la fuerza del huracán que silbaba y gemía entre los tirantes y las antenas no disminuía. Dos tambores de combustible vacíos, de un montón que estaba en la playa, volaron impulsados por el viento sobre dos isletas que estaban fuera de la bahía.

Encerrados de nuevo en los albergues, nos dedicamos a soñar con todas las formas de libertad, mientras odiábamos el poco espacio y el clima que nos mantenía encerrados. Una noche, cuando la cabaña se iba llenando con los aromas de la cena, se me hizo agua la boca mientras pensaba en todas las comidas que me había perdido. Como si me hubiera leído el pensamiento, Alan, que estaba frente a la hornilla moviendo pensativo un burbujeante guisado de pemmican, miró a Bruce y dijo:

-¿Qué plato te gustaría saborear en tu primera comida cuando regreses a casa?

-Creo que una gran ensalada, fresca y crujiente. Un vaso de leche, o, mejor aún, me agradaría una leche malteada sabor vainilla, y sacos de mangos, piñas, naranjas y manzanas - contestó Bruce lanzando un suspiro.

-Pues yo -repuso Alan, sonriendo- me hospedaré en el mejor hotel que pueda encontrar y pediré pollo frito y champaña para desayunar, en la cama. A la hora de la comida, chuletas de cerdo asadas y whisky, también en la cama. Luego me levantaré lo más despacio que pueda y me daré un largo baño. Después tomaré camino del bar y beberé algunos cockteles preparados con nueces y, por último, ¡invitaré a todos mis amigos a la mejor cena que hayan podido disfrutar!

-Éste es mi menú -anunció Bill, rebosante de ideas a estas alturas-: faisán en salsa de vino, relleno con tocino ahumado y champiñones; deberán rodearlo papas fritas, guisantes frescos, tomates y una deliciosa salsa a base de vino. De postre, sólo dos enormes melocotones, acabados de cortar del árbol en el punto exacto de maduración. Café turco, Drambuie y un buen puro. Y, en lo que se refiere a la compañía, ¡ninguno de ustedes!

En ese momento el guisado hervía sobre el fuego, derramándose por el borde de la olla y formando una mancha marrón sobre la hornilla. Todos protestamos; el pemmican nunca nos supo tan mal como aquella noche.

Después de la tormenta, encontramos un pequeño grupo de pájaros bobos de Adelfa que se había refugiado en la base de la nevada pendiente más allá de las líneas de los perros. Se movían dando la espalda al viento, mientras el huracán silbaba a su alrededor. Cuando amainó la ventisca, las aves siguieron su camino hacia las rocas, inclinadas de costado contra las ráfagas de aire como marinos en la cubierta de un barco.

Dos días más tarde, la cadena principal de los perros se rompió en un extremo y la jauría aprovechó la oportunidad para ir a atacar a Wombat. Su terror hacia los demás perros había crecido día con día, al grado que simplemente no tuvo la voluntad para defenderse. Cuando llegué al lugar, el pobre perro estaba enrollado en un largo tramo de cadena y lleno de dentelladas por todo el cuerpo. Wombat estaba muerto.

Desde los últimos días de noviembre hasta mediados de enero, me recreaba con la luz constante del corto verano antártico. A la medianoche, un disco solar dorado y bajo hacía resplandecer los icebergs que se erguían mar adentro y que proyectaban largas sombras de un azul oscuro. Los costados meridional y occidental de la isla brillaban con el sol nocturno, y las nubes, como en los cuentos de hadas, se convertían en un sutil velo que cubría el más hermoso pastel. La Tierra del Sur era un lugar de gran belleza y paz infinita.

Una de esas noches, Alan y yo íbamos de regreso a la base, a gran velocidad, con una foca en el trineo. Le eché una mirada al medidor de distancias del vehículo y emití un grito de júbilo que sobresaltó a mi compañero.

-¿Qué pasa? -preguntó asustado-. ¿Algo anda mal?

-¡Hemos viajado mil seiscientos kilómetros en este trineo en un año! -grité con un tono de incredulidad. Ambos miramos hacia delante, hacia los perros que corrían a galope tendido en perfecta formación de abanico, llevando con increíble facilidad una pesada foca Weddell y dos pasajeros.

-Sí -dijo Alan leyéndome el pensamiento-. Han ido muy lejos durante este año. Cuando iniciaron el adiestramiento, nunca se nos ocurrió que podrías convertirlos en un equipo así.

Recordé entonces los muchos viajes, largos y cortos, que habíamos realizado. Pensé también en nuestro deseo ambicioso de visitar toda la región de los montes Vestfold, de explorar y llegar hasta la zona de los fiordos, de recorrer todo el contorno de la isla y las tierras más lejanas; y en todo lo que habíamos logrado. Más de seiscientos kilómetros: miles

de kilómetros de viajes sobre el mar congelado. Miles de kilómetros de sol y viento, de oscuridad y luz, de días con ráfagas violentas de nieve y frío paralizador, y también de días y noches de brisa y un Sol brillante que se reflejaba en los cristales de hielo bajo un cielo sin nubes. Miles de kilómetros de vida.

Día tras día, el sol brillaba sobre la gran capa de hielo y la tierra rocosa. Los ventisqueros que rodeaban el campamento eran menores cada vez, y afuera, en el mar congelado, empezaron a emerger silenciosos los postes de medición que habíamos colocado a nuestra llegada. Al derretirse el hielo, por fin aparecieron los lagos Lookout, Station y Camp.

En los icebergs se formaban grietas y estanques, extensos y profundos, mientras que el mar abierto enviaba largas rías que se acercaban a la costa desde el borde de la capa helada. Hambriento, el mar empujaba hacia la tierra y rompía los hielos del perímetro, que iban a reunirse con los témpanos flotantes.

Día y noche las aves se alimentaban a lo largo del borde helado: dameros de El Cabo, paños, palomas marinas, pájaros bobos, págalos y abantos marinos. Con frecuencia, durante nuestros recorridos, los pájaros bobos de Adelia salían disparados del agua y caían de pie con un ruido sordo sobre el hielo moviendo las alas, sólo para observar la extraña caravana que pasaba a unos cuantos metros. En nuestros diversos recorridos hacia el Sur, los hielos del litoral que retrocedían nos empujaban cada vez más hacia la costa. Los grandes icebergs, entre los cuales viajamos durante los meses oscuros del invierno, se veían como castillos flotantes que brillaban en el horizonte hacia el occidente.

En diciembre hicimos nuestro último viaje geológico a la isla Bluff, donde trepamos el escarpado acantilado para observar a los dameros de El Cabo. Las aves se posaban sobre los nidos en formaciones apretadas, cubriendo los primeros huevos. Cualquier intruso que se acercara a menos de dos metros recibía un chorro de un hediondo líquido rojo lanzado con sorprendente precisión. De ahí, circunnavegamos las islas exteriores y emprendimos el regreso hacia la costa.

Poco tiempo después, entramos en un sistema subsidiario de fiordos con hermosas superficies firmes. Las crías de foca Weddell ya habían engordado mucho y dormitaban plácidamente al sol. Muchos de ellos ya se habían separado de sus madres. Al final de uno de los brazos del fiordo, abandonamos el mar congelado y tomamos camino hacia tierra firme. Alan se quedó al cuidado de los perros, mientras yo me dedicaba a caminar un poco por los alrededores.

Una hora más tarde, mientras regresaba al trineo, escuché un terrible alboroto. Al rebasar una pequeña cresta ví a mi querido y bien entrenado equipo, que trataba de subir por las rocas, con el trineo a rastras, para averiguar adónde me había ido. Los perros no hacían el menor caso a Alan, quien enredado en los tirantes era arrastrado como un saco de papas; gritaba órdenes tratando de detenerlos para ponerse de pie. Por fin, y antes de que fuera golpeado contra una roca, grité a todo pulmón desde una distancia de cien metros: "¡sit!". Los seis perros se sentaron inmediatamente y comenzaron a mover el rabo al unísono; seis pares de orejas y ojos escuchaban y veían con un gesto de inocencia, mientras yo descendía para ser recibido por un Alan golpeado y con la cara roja por la ira.

-¡Tenía abrazado a Oscar! -gritó furioso-. ¡Pero el viejo diablo no dejaba de caminar conmigo a rastras!

Tratando de disimular la risa, desenredé a Alan y emprendimos el regreso. Los dos nos acomodamos en el trineo y disfrutamos de la tibieza del sol, relajados, mientras los perros nos llevaban con gran docilidad a la base.

El mes de diciembre estaba muy avanzado cuando la temperatura ascendió sobre el punto de congelación, por lo menos durante el día, y pronto nos fue posible ver escuchar corrientes de agua por todas partes. Los montones de nieve se derretían ante nuestros ojos,

hasta que, finalmente, nuestro túnel se derrumbó. Desde mediados de mayo, por primera vez pudimos abrir la puerta principal y permitir la entrada de la luz solar y del aire fresco al revuelto albergue.

Los perros se divertían cavando grandes agujeros en la nieve blanda; conforme ésta se derretía, yo los cambiaba de lugar para mantenerlos lo más posible sobre nieve limpia.

El diecisiete de diciembre, Alan y yo, acompañados del equipo de ansiosos perros salimos en un hermoso y soleado día para hacer el último recorrido del año sobre el mar congelado. Muy separados de la línea costera al principio, fuimos empujados tierra adentro por las aguas, que ya se extendían hasta el grupo de las islas Mule, rodeando la mayor parte de la isla Elephant, la isla Hawker y la gran Mule.

Durante las dos primeras semanas de diciembre, el sol y el fuerte viento habían causado estragos en la gran capa de hielo marítimo. Inmediatamente al sur de la isla Elephant llegamos a un canal muy amplio, una profunda grieta donde las negras aguas formaban remolinos a lo largo de los afilados bordes. La grieta tenía tres metros de ancho en su parte más estrecha y nuestro trineo medía cuatro metros de longitud, de modo que sería difícil cruzar. Los perros se resistían a seguir avanzando y empezaron a correr acercándose y alejándose del canal. Sólo había una cosa que hacer y la hicimos. Le pedí a Alan que se sentara en el trineo con los pies sobre las cajas, luego empujé el vehículo hasta el borde de la enorme grieta y, con un chasquido del látigo, obligué a Oscar a que entrara al agua.

Cruzó disparado y subió por la otra orilla con tal velocidad que los demás perros fueron arrastrados tras de él. Con un salto violento, una zambullida y tiritando de frío "navegamos" hacia el otro lado de la grieta.

Con gran audacia y tenacidad, sorteamos las demás grietas de la misma manera, y pronto nos encontramos de nuevo en el "territorio de lápidas" dentro del grupo de las islas Mule, sólo que esta vez había mucha agua. En las partes bajas se habían formado pozas profundas, y tuve que echar mano de todos mis recursos para evitar que el trineo se deslizara hacia el mar. Para llegar hasta la costa de la isla era necesario cruzar una extensión congelada que tenía el tono azul indicador de hielo resquebrajado e inseguro. Gritando a los perros para infundirles ánimo, los lancé a toda velocidad hacia la isla. La capa de hielo cedió varias veces bajo los patines con un ruido ominoso, mientras a los lados y atrás brotaban chorros de agua como pequeños géiseres. Oscar parecía darse cuenta de la urgencia y hacía todo por mantener el ritmo de la carrera. Con un salto poderoso, voló sobre la grieta de marea de la isla Mule, arrastrando el trineo entre las rocas de la playa. Después de atar a los perros, nos acercamos a un grupo de elefantes marinos para hacer un recuento. Conforme avanzaba el deshielo, el fango se hacía más profundo con sus revolcones y el olor se volvía más nauseabundo.

Salir de la isla Mule era mucho más difícil que entrar en ella. De nueva cuenta dirigí el trineo hacia el mar de hielo; pasamos por témpanos, grietas, fisuras rocosas y pozas con agua, bajo la brillante luz del sol y, siguiendo el borde helado, regresamos guiados por nuestras huellas. Los gigantescos témpanos, aparentemente inmóviles, flotaban sobre el mar tranquilo rumbo al occidente, y en poco tiempo pudimos ver los mástiles de acero de las antenas de radio de nuestro campamento, como sondas plateadas dibujadas contra el azul del cielo.

Por última vez, Oscar respondió a la orden: "¡íllí, illi!" Con el rabo enrollado sobre el lomo, los perros avanzaron hacia el campamento a toda velocidad.

Sentí una gran tristeza al quitar los arneses a mis amigos y llevarlos hasta la línea. Y, con más tristeza aún, guardé los arneses, los tirantes y el trineo. Nuestro trabajo de campo había terminado.

En lo sucesivo, hasta su transferencia a Mawson, los perros disfrutarían de varias semanas de descanso, en las que dormirían al Sol sobre la nieve o caminarían con nosotros sobre la tierra desnuda durante el resto del verano antártico.

En la mañana del cuatro de febrero de 1958 la bahía se encontraba llena de bloques de hielo que iban a la deriva, y fue hasta el último viraje de acercamiento cuando advertimos que el Thala Dan entraba con lentitud a la ensenada. Había llegado el grupo que nos sustituiría.

Después de apilar en el campamento el último bulto de suministros que traían los recién llegados, me separé un poco del resto y caminé lentamente hasta las líneas de perros. Me senté en una roca y me quedé pensativo, mientras Oscar se rascaba una oreja tumbado a mis pies.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por unos pasos rápidos por la nieve. Era el jefe de la expedición que me dirigió una mirada penetrante y preguntó con un tono de autoridad en la voz:

-¿Pasa algo malo?

-Odio tener que dejar a este grupo de rufianes aquí -contesté-. Me pregunto si sería posible llevar a Oscar con nosotros a Melbourne y darle un retiro digno.

Sin detenerme a pensar empecé a inventar una sarta de pretextos para prolongar su vida.

-Ya está haciéndose viejo para trabajar en el trineo y los dientes se le desgastan de tanto comer carne congelada.

Yo sabía de antemano que no había nada que justificara mi petición. Cuando los huskies envejecían, morían de muerte natural o eran sacrificados de un tiro. También reconocía que estaba dejándome llevar por los sentimientos. Pero no resistía la idea de que Oscar estuviera en problemas, o falto de cariño, sabiendo que yo no podría estar con él.

El jefe de la expedición me miró, miró a los perros y me volvió a mirar. Esbozó una sonrisa de entendimiento.

-Muy bien. Supongo que es lo menos que podemos hacer por este perro, después de todo lo que él ha hecho por nosotros. Tan pronto como zarpemos, hablaré con las autoridades del zoológico.

A la mañana siguiente nos deslizamos entre los icebergs mientras la pequeña estación brillaba bajo el radiante Sol matutino. Con lentitud, el barco salió de la bahía y enfiló hacia Mawson. En el castillo de proa iban los perros, atados, olfateando la brisa proveniente del océano.

Poco después navegábamos en mar abierto, por donde unos meses antes la gran capa de hielo cubrió el inmenso mar con su helado manto, y donde tantas veces corrieron nuestros perros entre los majestuosos icebergs. Una paloma marina cruzó volando sobre la proa y planeó mientras el Sol brillaba en sus blanquísimas alas; era una última despedida.

11

El final de una leyenda polar

La ciudad de Melbourne se extendía bajo el candente poder del Sol de verano. No soplabla el viento y la temperatura de cuarenta grados agobiaba a la población, reduciendo las multitudes domingueras a un pequeño grupo de personas indiferentes e irritables. Cruzé las puertas del zoológico y caminé entre cercados hasta llegar a una perrera grande y sombreada, con una piscina de poca profundidad y un cobertizo. El gran perro estaba acostado a la sombra, inmóvil en el calor asfixiante, mientras dormitaba inquieto con las patas extendidas.

Con la llave que el guarda me había prestado abrí la puerta y me introduje en la perrera.

-Oscar -llamé.

Levantó la cabeza, se enderezó de lado y levantó las orejas llenas de cicatrices, resultado de las peleas. Me agaché por la puerta y el perro se levantó sin dejar de mover la cola de un lado al otro, se acercó y puso la gran cabeza bajo mi brazo. Hundi los dedos entre el grueso pelo y sentí que sudaba. Lo llevé hasta la sombra y me senté con él.

Oscar envejecía poco a poco. Comparando su edad con la de una persona, ya estaba cerca de cumplir los sesenta años. Jadeaba con la lengua afuera; aún no estaba aclimatado, todavía no mudaba el pelo y su incomodidad me rompió el corazón. La persona que estaba a cargo de él me había hablado de su naturaleza tranquila, de su paciencia y resistencia, pero la idea de tenerlo en un zoológico me parecía casi tan terrible como la de darle un tiro. Para un héroe como él, ninguna de esas era la mejor manera de acabar sus días.

A su edad, se había convertido en un verdadero lobo, por lo menos en apariencia: los ojos oblicuos, el pelo erizado que le corría por el lomo hasta llegar al tupido rabo, las grandes patas armadas de fuertes uñas, tan fuertes que habían excavado escalones en el hielo sólido, y su pesada piel con doble capa de pelo para resistir los vientos polares. Sentado con Oscar, recordé las noches de luna cuando él emitía los largos y tristes aullidos, a los que gradualmente se unía el resto del equipo. Era la voz del desierto helado, la vasta soledad de la Antártida.

Con gran lentitud el perro se puso de pie, se estiró y bostezó frente a mi rostro; después caminó despacio sobre el piso soleado de la perrera y levantó la pata contra lo que constituía su mayor tesoro: un enorme árbol.

Nos sentamos de nuevo; el hocico me empujaba una mano con afecto, y mi mente vagó hasta los días que habíamos pasado juntos corriendo a toda velocidad sobre los hielos.

Inmerso en mis pensamientos, perdí la noción del tiempo, y cuando miré hacia arriba el sol ya estaba desapareciendo y las primeras brisas de la noche agitaban el pelo del perro. Con tristeza, abandoné la perrera; el recuerdo inquietante de los tristes aullidos de Oscar me seguía por los senderos del zoológico de Melbourne.

Había crisis en los hielos. No sólo en la base australiana; también los noruegos, los argentinos, los neozelandeses, los rusos, los ingleses, todos pasaban apuros. Los perros estaban muriéndose. Temporada tras temporada, los hombres de la Antártida habían estado apareando a los perros, pero sin resultados. Los tractores y los trineos motorizados eran más eficientes que antes, los aviones se usaban con más frecuencia cada vez, pero ninguna base podía funcionar sin perros.

Por sugerencia de Harry Black, el oficial a cargo de la expedición de 1960 a la Estación Wilkes, se envió un mensaje urgente al zoológico de Melbourne. Requerían de nuevo a Oscar. Algunos veteranos recordaban su entusiasmo por Denny cuando era joven, y en un instante la idea se hizo realidad.

Así que Oscar volvió a casa. A las vastas áreas de hielo y nieve, al aullido de las tormentas, a los silencios, al frío y al Sol eterno durante el verano.

Aunque los jefes de la expedición planeaban utilizarlo como semental y que no trabajara, los planes de Oscar eran otros. El equipo al que se había unido era pequeño, tres perras y otro perro. Aparte de cumplir con el cometido de aparearse con las hembras, todas las mañanas corría hasta la punta del trineo, esperando a que le pusieran los arneses. Se deshizo de la edad y adoptó nuevamente la mirada ansiosa de un perro joven; acosaba y daba mordiscos a los demás perros cuando cometían errores de juicio. Las órdenes con palabras esquimales se le habían quedado grabadas en la memoria y respondía a los nuevos amos como si fuera yo mismo el que estaba tras él. Conforme sus descendientes crecían y se convertían en perros de trabajo, Oscar les enseñaba a desenvolverse en los hielos, a saltar las grietas e incluso a encontrar el camino de vuelta al campamento cuando el conductor estaba

perdido. En poco tiempo, se convirtió en padre de más de cincuenta hermosos cachorros; y, desafiando la tradición y la historia, Oscar decidió retirarse.

Dormitaba bajo el sol y por las noches dormía en uno de los albergues. Lo alimentaban como a un rey, y estaba en completa libertad para andar por todo el campamento, visitando a sus favoritas y moviéndose a su antojo. Su fama era tanta, que no se le negaba nada.

Una clara mañana de primavera, cuando Oscar tenía doce años, sopló una violenta ventisca. Esa noche se puso tenso, indicó, como lo hacía con cierta frecuencia, que quería salir y caminó despacio con destino a los remolinos de nieve. Esa vez no se le vio regresar. Al igual que los grandes lobos del Ártico, sus ancestros, Oscar simplemente desapareció.